

Selección TERROR

LA PUTREFACCION DE LA CARNE

Lou Carrigan

SELECCION

TERROR

LOU CARRIGAN

LA PUTREFACCION DE LA CARNE

Colección
SELECCION TERROR n°506
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA. S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS –
MEXICO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

501 — *La elegida de Satán,* Joseph Berna
502 — *La llave del infierno,* Adam Surray
503 — *La tumba del diablo,* Clark Carrados
504 — *Dominadas por el pánico,* Ada Coretti
505 — *Angeles de alas negras,* Clark Carrados

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 31.567 – 1982

Impreso en España - Printed in Spain

2ª edición: noviembre, 1982
3ª edición en América: mayo, 1983

Concedidos derechos exclusives a favor de
EDITORIAL BRUOUERA, S. A.
Campa y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera. S. A.**
Paréts del Vallés (N152, Km 21,650) Barcelona - 1982

EL EXPERIMENTO

El perro saltaba alrededor de Gino Testa, ladrando alegremente, y emitiendo de cuando en cuando uno de esos gemidos de afecto y fidelidad que sólo pueden proferir los perros hacia su amo. Saltaba, se agachaba, movía el largo y peludo rabo, volvía a saltar, daba un ladrido, corría, volvía hacia Gino...
Y Gino reía. Reía y se estremecía de felicidad, porque comprendía muy bien que el perro le adoraba. Eso, a pesar de que Gino era no sólo feo, sino casi espeluznante. Era tuerto, cojo, peludo y un poco contrahecho; no era jorobado, pero poco le faltaba... Su único ojo era negrísimo y pequeño, y continuamente se le enrojecía la córnea, de modo que parecía un pequeño trozo de carbón rodeado de sangre. Le faltaban varios dientes, tenía la nariz torcida, y varias cicatrices en un lado de la cara.
Si. En verdad, resultaba espeluznante.
Sin embargo, Gino tenía un corazón de oro, como suele decirse. Y seguramente, el perro, con ese fino instinto de los animales, lo había comprendido hacía ya tiempo. Si realmente está comprobado que, a su manera, los animales piensan, «Baffi» tenía que haber pensado que Gino era muy bueno. Tenían gallinas que se estaban muriendo de viejas, y que hacía ya meses que no ponían un solo huevo, pero Gino no las mataba. Las gallinas comían y no daban nada a cambio, pero Gino no las mataba. En el gran corral había también un caballo viejo, muy viejo, pero tampoco lo mataban ni lo vendían, porque Gino le decía al señor profesor que le era útil... Esa utilidad consistía en que, de cuando en cuando, Gino sacaba a pasear al viejo caballo, montado en él..., hasta que comprendía que el animal se fatigaba. Entonces, desmontaba y seguían paseando, los tres: Gino, el caballo, y el fiel «Baffi».
Por allí cerca, merodeaban algunos gatos no poco ladrones, siempre hambrientos, pero Gino le había enseñado a su fiel «Baffi» que no debía molestarlos. Más que eso: siempre que sobraba comida, Gino la dejaba en ciertos sitios que los gatos conocían muy bien, y ellos acudían sin temor alguno a comer, delante de Gino e incluso delante del formidable «Baffi».
Y todas las mañanas de primavera, verano y otoño, cuando los olivos se llenaban de pajarillos, Gino salía con una enorme fuente de barro llena de migas de pan, que esparcía alrededor, para que comiesen. A veces, si veía revoloteando cerca algunas palomas, incluso tiraba arroz cerca de los olivos, y las palomas acudían...
Gino era feo, espeluznante, pero seguramente, eso le importaba a «Baffi» lo mismo que un hueso roído ya por cien perros, porque Gino era bueno. ¿Qué importaba lo demás? A veces, Gino le tiraba de sus

grandes bigotes, que habían decidido su nombre, pero el perro sabía que en aquellos tirones sólo había un grandioso afecto y alegría por parte de aquel ser humano... Por eso, «Baffi» adoraba a Gino, y jamás se alejaba de él más de quince o veinte metros. Allá donde estuviese Gino, sólo había que mirar alrededor, y, muy cerca, se vería a «Baffi», ya fuese jugando con una araña o un grillo, molestando a las gallinas, o simplemente tomando el sol, fija su fiel mirada en Gino.
O corriendo y saltando a su alrededor, ladrando alegremente.
—Tú me quieres, ¿verdad. «Baffi»? —le preguntaba siempre Gino—. ¿Verdad que me quieres? ¿Verdad?
«¡Guau! ¡Guau!»
Y Gino reía, feliz, porque sabía que los ladridos querían decir que sí, que «Baffi» le quería.
Claro que el señor profesor y la señora también querían a Gino, pero era diferente. El trabajaba para ellos, y ellos le querían y le trataban muy bien, pero no eran sus amigos de verdad, como «Baffi».
Gino había vivido siempre solo; y si no siempre, hacía tanto tiempo que no recordaba a nadie que hubiese vivido con él. Para él, todo el mundo estaba allí, en la pequeña granja ruinosa, con un corral, algunos animales, y la parcela donde Gino cultivaba tomates, pepinos, pimientos, cebollas, patatas... Cosas así.
También tenía algunos olivos, y cada temporada, él preparaba las olivas para que pudiesen comerse. Eran muy buenas olivas. Además, estaban las gallinas, que, en conjunto, ponían todos los huevos que Gino pudiese necesitar. Gino y «Baffi» sólo comían carne cuando se moría alguna gallina o gallo. El resto del tiempo, comían verduras y hortalizas y huevos. Pero los dos estaban fuertes y sanos, y eran felices.
Hacía unos ocho años, en la época en que Gino estaba completamente solo, había aparecido «Baffi» por allí, famélico y hambriento, lleno de mordeduras y garrapatas. Al principio se limitó a merodear, desconfiado, hasta que Gino pudo matar de un golpe de azada a un ratón de campo, y se lo echó al perro, que lo engulló de un mordisco. Fue un buen principio para una buena amistad.
Y tres años después, esto es, hacía cinco, llegaron en una hermosa mañana de sol el señor profesor y la señora, en su coche. El coche dejó atónito a Gino, pero aún se quedó más atónito cuando el señor profesor le preguntó si le alquilaba la casa.
—¿La casa? —se pasmó Gino—. ¡Pero está sucia y se cae!
—La arreglaremos — había dicho el señor profesor.
—Aquí sólo vivo yo, *signore*. No hay nadie ni nada más... Sólo «Baffi» y yo. Nunca viene nadie aquí.
—Por eso nos gusta. Estamos buscando un sitio como éste precisamente. Si nos permite quedamos e instalar aquí mi laboratorio,

le daremos dinero y arreglaremos la casa por nuestra cuenta. Soy ya viejo, tengo mucho trabajo por hacer todavía, y sólo en un lugar como éste podré disfrutar de la tranquilidad que preciso.

Gino no entendía muy bien las razones del señor profesor, pero, después de rascarse la sucia cabeza greñuda, llegó a la conclusión de que sería algo nuevo, y quizá interesante vivir con otras personas. Así que la casa fue arreglada, se construyó otro cuarto, muy grande, donde el señor profesor instaló toda una serie de cosas muy raras, de cristal y de hierro, y líquidos, y aparatos que brillaban, y otros de cuyo interior salían cosas que a Gino le recordaban pequeños relámpagos. Trajeron mesas, sillas, muchos muebles, un aparato de radio para Gino, algunos libros... Tres meses más tarde, una mañana en que Gino estaba recogiendo algunos tomates, se volvió hacia la casa, y quedó boquiabierto:

¿aquélla era su casa?

De todos modos, le gustó. Y «Baffi» no parecía descontento, ni mucho menos. Quizá porque la señora, que iba una vez a la semana al cercano pueblo, a Genzano, siempre se acordaba de él, y le traía grandes trozos de carne y enormes huesos que por sí solos tenían más carne de la que «Baffi» había comido en su vida.

Pero tanto el señor profesor como la señora eran ya bastante viejos, y así, poco a poco, la señora fue delegando en Gino el viaje semanal a Genzano, pese a la inicial oposición del feo personaje. Para grandísimo asombro suyo, aprendió a conducir aquella cosa con ruedas, lo cual encantó a «Baffi», que siempre se sentaba a su lado, sacaba la cabeza por la ventanilla, y ladraba, ladraba, ladraba...

Después de cinco años, las cosas estaban muy claras en la casa de Gino: él se encargaba de todo, incluso de cocinar casi siempre: la señora, muy viejecita, o así se lo parecía a Gino, se limitaba a descansar, el señor profesor trabajaba, trabajaba siempre, siempre, siempre.

Y como Gino era bueno, «Baffi» era simpático y cariñoso, y el señor profesor y la señora eran muy amables y en verdad nada molestos, así estaban las cosas, aceptadas por todos como si hiciese siglos que todo hubiese quedado decidido...

—Me quieres, ¿verdad, «Baffi»? ¡Dime que me quieres!

«¡Guau! ¡Guau!»

Y el espeluznante Gino reía, rebosante de felicidad su corazón de oro. Hasta aquella tarde, en que el señor profesor, para su pasmo, salió de aquel cuarto grande donde tenía sus cosas raras, y lo llamó:

—¡Gino!

—Oye, «Baffi»: ¿es verdad lo que ve mi ojo? ¿Me está llamando el señor profesor?

«¡Guau!»

Naturalmente, «Baffi» quería decir que sí, de modo que los dos corrieron hacia allí, ladrando y saltando uno, riendo el otro.
—Diga, señor profesor.
El anciano señor profesor miró atentamente a «Baffi», antes de preguntar:
—¿Cuántos años tiene «Baffi», Gino?
—No lo sé, señor profesor.
—Pero debe tener por lo menos diez, ¿no crees?
—No sé.
—Un perro de diez años ya es viejo, Gino. Los perros viven doce o catorce años, por promedio. ¿Lo sabías?
Gino ni siquiera sabía lo que quería decir «promedio», de modo que se limitó a mover negativamente la cabeza.
—Eso significa —siguió el profesor—. Que «Baffi» sólo va a vivir ya dos, tres, o cuatro años. Puede que algo más, pero también es posible que muera antes. Quizá sólo viva un año más. ¿Comprendes?
Gino Testa había palidecido, porque esto sí lo comprendía muy bien. Un año más quería decir que «Baffi» quizá estuviese con él el próximo verano, pero no el siguiente.
—¿Y yo cuántos años viviré, señor profesor? — susurró.
—No sé —sonrió el viejo y amable científico—. Pero no debes preocuparte por ti todavía. Calculo que tienes unos... Cuarenta años, así que, como sé que estás muy fuerte, quizá vivas otros cuarenta. Y hasta más. No pienses en tu muerte, que está mucho más lejana que la mía..., y que la de «Baffi».
En realidad, Gino no estaba pensando en su muerte, sino en la de «Baffi». La muerte de «Baffi» significaría que él, a partir del próximo verano, tendría que vivir otros cuarenta veranos sin la compañía de «Baffi». No le gustó. Y se sintió triste, y casi sintió odio hacia el señor profesor.
—¿Por qué me ha dicho eso? —protestó—. ¿Por qué ha querido ponerme triste, *signore*?
—¿Te gustaría —sonrió extrañamente el señor profesor— que «Baffi» viviese tantos años como tú? ¿Y te gustaría vivir juntos los dos muchos, muchos, muchísimos años?
—Si —abrió mucho el ojo Gino—. Si me gustaría. ¿Los dos juntos? Sí, me gustaría, sí.
—Yo puedo conseguirlo, Gino.
Gino parpadeó. No entendía aquello. ¿Qué era lo que podía conseguir el señor profesor?
—*Prego, signore* —murmuró.
—Ven... Pasa, Gino, pasa.
—¿Al laboratorio? —se pasmó Gino. Sí, hombre, si. Pasa. ¿O tienes miedo? — rió.

Gino movió negativamente la cabeza, pero entró con ciertas precauciones, mirando a todos lados. El señor profesor nunca había querido que allí entrase nadie más que él, ni siquiera para limpiar. Para nada. Ni siquiera permitía que entrase la señora. Pero ahora, la señora estaba allí, mirando a Gino con una expresión muy rara... Muy rara. Como si tuviese hambre, o algo así. Eso le pareció a Gino. Y cuando miró al señor profesor, vio en los ojos cansados de éste una luz nueva, llena de alegría, de vitalidad.
—¿Qué ves aquí? —señaló el señor profesor.
Gino miró, y sólo vio lo que a él le parecía una botella de forma rara. Dentro de la botella había un líquido de color rojo, tirando a granate.
—¿Es sangre? — preguntó.
—¡Por Dios, no! Es... Bueno, sólo te diré que he tardado catorce años en conseguirlo.
¿Sabes lo que es el Premio Nobel?
—¿El qué?
—¿Cómo quieres que Gino sepa esas cosas? —reprochó la señora.
—Es verdad... Bueno, mira Gino, hay unas personas que si inventas o descubres algo muy bueno, te dan dinero y gloria... Quiero decir que siempre, siempre, siempre, serás recordado, aunque haga muchísimos años, y hasta siglos, que estés muerto. Aquellas personas a las que se les concede el Premio Nobel, jamás son olvidadas. Por eso, muchos hombres como yo, en todo el mundo, quieren conseguir el Premio Nobel y el dinero. A mí, el dinero no me importa, porque tengo mucho en un banco de Roma. Tengo tanto, que nunca podríamos gastarlo, ¿comprendes? No necesito ni quiero dinero. Pero... Sí quiero la gloria. Y por eso he estado catorce años estudiando y trabajando hasta conseguir este líquido, al que le he puesto un nombre que te va a gustar, me parece. Lo llamaremos «*Vivere*»... «Vivir». ¿Te gusta?
—Sí, señor profesor. ¿Es como un vino?
—Pues... algo parecido —rió gozosamente el profesor—. Si, algo parecido. Pero no se bebe: se inyecta. Tú sabes lo que es eso, ¿verdad?
—No... no.

—Sí que lo sabes, hombre, porque me has visto inyectar muchas veces a mis cobayas, mirando por las ventanas cuando creías que yo no te veía... No te preocupes, no estoy enfadado, de veras. Mira: esto es una jeringuilla —la mostró en la palma de la mano—.
¿Verdad que la recuerdas?
—Sí —musitó Gino, algo avergonzado.
—Me has visto clavarla en esos animalitos que a ti deben parecerte conejos un poco raros, ¿verdad?
—Sí...
—Eso son las cobayas, o conejillos de Indias. Son muy útiles para hacer experimentos... Pero, lamentablemente, no tengo ninguno a mi disposición en estos momentos, y no dispondré de unos cuantos hasta pasado mañana, o quizá el jueves. Sin embargo, no me veo capaz de esperar tanto tiempo, así que vamos a inyectarle a tu perro...
Gino retrocedió vivamente un paso, aterrado.
—¡No, no!
—Espera un momento, hombre. ¿Cómo podría explicártelo? Mmm... ¿Tú has visto las flores cuando no llueve? Están secas y feas, languidecen, el tallo se dobla, se caen los pétalos... Y si no llueve a tiempo, acaban por morir. Pero, supongamos que aun estando ya casi muertas, se pone a llover: ¿qué ocurre entonces?
—Que no se mueren —sonrió Gino.
—Exactamente. El agua de la lluvia penetra en ellas, las empapa. Fíjate bien que no basta que el agua las... moje, sino que tiene que... entrar en ellas, empaparlas. ¿Lo comprendes? Es igual que lo que pasa con la tierra sembrada: no basta que caiga un poco de agua y moje la tierra, sino que el agua tiene que penetrar, tiene que empapar la tierra.
¿No es verdad?
—Sí signore, es verdad.
—Muy bien. Pues este líquido seria para «Baffi» igual que el agua para las flores: si penetra en su cuerpo, volverá a ser joven y fuerte. No olvides su nombre: «*Vivere*». Quiero que lo entiendas bien, Gino: si yo le inyecto el «*Vivere*» a «Baffi», será como empapar de agua una flor, volverá a ser fuerte, vivirá mucho más tiempo. A esto se le llama regenerar... Te lo voy a decir de un modo que tendrás que comprenderlo: ¿te gustaría que «Baffi» volviese a ser como cuando llegó aquí y se hizo amigo tuyo, y que viviese otros diez años a tu lado, y que luego yo le inyectase de nuevo y pudiese volver a vivir otros diez años?
—¿Baffi» viviría cuarenta años? —preguntó Gino, con el ojo casi desorbitado.
—¡Eso es exactamente lo que le estoy diciendo! Pero no sólo cuarenta años, sino muchos más. Y no sólo «Baffi», sino tú y yo, y la

señora, y todos quienes nosotros quisiéramos que viviesen siempre con nosotros. Sólo tendríamos que inyectar el «*Viver*e» de cuando en cuando, y viviríamos muchísimos años, y siempre jóvenes, porque el «*Vivere*» regeneraría periódicamente nuestros tejidos, nuestros huesos, nuestra sangre..., todo. ¿Te gustaría volver a ser joven? Por ejemplo... ¿Te gustaría volver a tener veinte años en lugar de cuarenta?

—No sé. ¿Estaría «Baffi» conmigo?

—¡Claro que sí! ¡Estaríais juntos para siempre y para conseguir eso, sólo tengo que inyectarle. ¿Qué dices ahora, Gino?

Gino Testa estaba sonriendo. ¡Cuarenta años más, cuarenta veranos más con «Baffi»!
—¡Baffi! —llamó—. ¡«Baffi», ven!
Le habría bastado con chascar los dedos, porque «Baffi», naturalmente, estaba afuera, junto a la puerta, esperándolo.
El perro entró, gachas las orejas, porque siempre había sabido que él no podía entrar allí; pero, claro, si Gino lo llamaba...
—Ven. «Baffi», ven —se estremecía de alegría Gino—. Te van a empapar de «*Vivere*», y así podrás vivir conmigo cuarenta veranos... Ven, «Baffi»...
—Ponlo en esta mesa —señaló el señor profesor.
«Baffi» pesaba mucho, era un perro grande, pero Gino lo alzó con toda facilidad, pues era muy fuerte; espantosamente fuerte. Lo colocó sobre la mesa, extendido de lado, y le dio un tirón a los bigotes. «Baffi» sabía que eso quería decir que todo iba estupendamente, que Gino estaba contento, y continuó moviendo su peludo rabo.
Mientras Gino «conversaba» con «Baffi», el profesor llenó la jeringuilla de «Vivere». Luego le hizo una seña a la señora, que empañó un gran trozo de algodón, y con cierta aprensión, limpió la zona indicada por el profesor, en el vientre del perro, cerca de la ingle izquierda.
Allí, el profesor clavó la jeringuilla, y «Baffi» gimió, y quiso moverse, pero las fortísimas manos de Gino se lo impidieron, mientras él continuaba hablándole, explicándole lo bien que iba a ir todo cuando él estuviese empapado de «Vivere», así que «Baffi», sin dejar de mirar a su amo y amigo con adoración, aceptó el pinchazo, y aceptó el liquido que penetró en su cuerpo.
—Ya está —dijo el profesor, retirando velozmente la jeringuilla, una vez vacía —. Ahora sólo tenemos que esperar.
—¿Cuánto hemos de esperar? —preguntó Gino.
—No lo sé con seguridad, pero no creo que sea mucho, Gino.
—Pues vamos a esperar.
La señora volvió a pasar el algodón empapado en alcohol allá donde «Baffi» había recibido el pinchazo. Luego, los tres se pusieron a esperar, con impaciencia.
Gino señaló algunas pequeñas zonas del cuerpo de «Baffi» que hacía algún tiempo habían perdido el pelo.
—¿Le volverá a salir el pelo, cuando sea más joven?
—Así debe ser, Gino. Será más joven. Como antes.
Gino sonrió de oreja a oreja. En aquellos cinco años, como el señor profesor y la señora eran muy buenos, había aprendido a quererlos, y ahora los quería más. No tanto como a «Baffi», desde luego, pero los quería. Más que antes.
«Baffi estaba muy tranquilo allí tendido. Había cerrado los ojos, y respiraba muy tranquilamente, inmóvil. Gino le daba golpecitos en la

cabeza, le tiraba de los bigotes, y le rascaba las orejas, que era lo que más le gustaba a «Baffi»... Hasta que, de pronto, un rato después, Gino se dio cuenta de una cosa extraña: «Baffi» no se movía. No se movía nada, Nada, nada. Esto es, que ni siquiera respiraba.
Gino parpadeó.
—¿«Baffi»? —llamó dulcemente.
«Baffi» siempre le oía. Aunque estuviese profundamente dormido, cosa que tampoco era corriente en él, siempre oía a Gino. A lo mejor, seguía echado, pero sus orejas se alzaban, y así, Gino sabia que le había oído, y que podía seguir diciéndole cosas. Pero, esta vez, las orejas de «Baffi» no se alzaron.
—¿«Baffi»? —volvió a llamar Gino.
Pero «Baffi» ni hizo nada, porque estaba muerto. Gino tardó todavía un poco en comprenderlo, pero al final lo supo. «Baffi había muerto. Se quedó mirándolo, abierta su desdentada boca en un gesto de estupefacción. El señor profesor y la señora habían cambiado una mirada de sobresalto, de alarma, y en seguida, el señor profesor tomó aquellos tubos que se ponía en las orejas por un lado y en el cuerpo de las cobayas por el otro. Gino le había visto hacerlo muchas veces, desde las ventanas.
El señor profesor se mordió los labios, y se irguió, lentamente, después de haber hecho aquello con «Baffi». Miró a la señora, y movió negativamente la cabeza.
—¿«Baffi? llamó otra vez Gino.
—Está muerto, Gino —dijo el profesor, con voz ronca, muy pálido su rostro, más que de costumbre—. No sé qué... qué ha podido pasar, estaba... estaba seguro de que...
Entonces, Gino rompió a llorar. De un modo explosivo, impetuoso, como el más desconsolado de los niños. Su feísimo rostro lleno de cicatrices se llenó de lágrimas. Fue igual que si se hubiese perforado una roca que dentro contenía un manantial... La señora dio media vuelta, y salió corriendo del laboratorio, por la puerta que comunicaba con el interior de la casa. El señor profesor estuvo inmóvil unos segundos, pero de pronto, tiró la jeringuilla al suelo con fuerza, y se fue en pos de su esposa.
Gino quedó allí, solo con «Baffi», llorando, llorando como nunca había llorado en su vida, con profundos hipidos, con sollozos desgarradores, llamando a «Baffi», acariciándolo, dándole tirones de los bigotes...
Y así estuvo hasta que, de pronto, por entre las lágrimas que no cesaban de brotar, se dio cuenta de una cosa: a «Baffi» le estaba cayendo el pelo. En pocos segundos, aquellas zonas ralas habían aumentado de extensión, y sobre la mesa iba quedando el pelo de «Baffi», en extraños mechones oscuros que parecían estopa sucia y vieja.

Gino tomó en sus brazos a «Baffi», y salió del laboratorio.
Por el camino fueron cayendo mechones de «Baffi», cada vez en más abundancia.

CAPÍTULO PRIMERO

El profesor encontró a su esposa en el dormitorio que ocupaban en la casa de Gino. Ella estaba sentada en el borde de la cama, y se retorcía las manos.
—He fracasado de nuevo —dijo él, con voz tensa—. ¡He fracasado de nuevo! Ella le miró inexpresivamente.
—Sólo que esta vez —murmuró—, no ha muerto una cobaya, sino el perro de Gino.
—Y no lo comprendo... ¡No lo comprendo! Estaba tan seguro de haberlo conseguido por fin, que por eso me decidí a experimentar con «Baffi»... ¡Estaba seguro! ¿Qué ha podido fallar? La fórmula era correcta, he tardado catorce años en encontrarla... ¡Estoy seguro de que es correcta! Tiene que ser... un pequeño detalle, algo insignificante, algo tan... tan sencillo que debo haberlo pasado por alto en el último instante...
—«Baffi» ha muerto —dijo ella—, Y yo tengo miedo.
—¿Miedo? —se sorprendió él—. ¿De qué?
—De Gino.
—El profesor quedó en verdad estupefacto, antes de soltar:
—¡No digas tonterías! —exclamó—. ¿Qué puedes temer de Gino?
—No sé... Siempre me ha dado un poco de miedo.
—Vamos... Vamos, querida... ¿Qué estás diciendo? Gino es la persona más bondadosa que jamás hemos conocido.
—Pero él quería a ese perro más que a nada ni a nadie en este mundo.
—Está bien... Todos perdemos seres queridos, ¿no es así? Gino es... es horripilante, lo sé, pero nosotros los conocemos muy bien, ya no nos asusta, como al principio. Es tan bueno que a veces he sentido irritación contra él por eso. No se puede ser tan bueno en este mundo, pero él lo es. Llorará un poco, enterrará al perro, y eso será todo. De ninguna manera debes temer que él intente hacernos daño, querida.
—Quisiera irme de aquí... Hoy. Ahora.
El profesor frunció el ceño, y se quedó mirando fijamente a su esposa. Luego, se acercó a la ventana del dormitorio, y miró al exterior. Desde allí pudo ver a Gino, sentado en el suelo, junto a la entrada al corral-gallinero, tenía las piernas cruzadas, y sobre ellas estaba el cadáver del perro. Incluso desde allí, el profesor pudo ver las gruesas lágrimas todavía brotando como un manantial inagotable, eterno. Eso era todo lo que hacía Gino: llorar, con el perro en sus brazos.
—De verdad que lo siento —murmuró el profesor—. Espero hacérselo comprender a Gino. Y quizá sería una buena idea llegarme a Roma a comprarle un bonito cachorro... Si, le vamos a regalar otro perro, que vivirá con él más de lo que habría vivido «Baffi». Y ya que voy a

Roma, me interesaré por las cobayas que tengo pedidas... Y por supuesto, no nos iremos de aquí.
—¿No te importa lo que yo sienta?
El profesor se colocó ante su esposa.
—Sí me importa —aseguró—. Pero tengo la seguridad de que Gino no pensará jamás en hacernos daño, y que en cuanto tenga el cachorro que le voy a comprar, se olvidará de «Baffi»... Es un ser muy elemental, querida. No es que sea tonto, ni mucho menos, pues en varias ocasiones incluso me ha sorprendido con algunos destellos de inteligencia...

Pero es muy simple, muy elemental: se le ha muerto un perro, pero si tiene otro, todo irá bien. No. No nos iremos de aquí, lo siento. Los dos somos ya mayores, yo me siento muy cansado — suspiró y se dejó caer en uno de los silloncitos—. Muy cansado. Hace cinco años que estamos aquí, nadie nos ha molestado, es el lugar ideal. ¿Crees que sería fácil trasladamos ahora a otro sitio que reuniese las condiciones de soledad y tranquilidad de éste? Me siento tan fatigado que en ocasiones me parece que voy a morir, que no podré terminar... No quiero perder el tiempo en traslados... Lo siento, querida.
—Si continuamos aquí..., ¿crees que llegarás a tiempo de encontrar de verdad el «*Vivere*»?
—No lo sé... Creí que ya lo tenía... ¿Qué ha podido ser, qué pequeño detalle?
—¡Tienes que encontrarlo! —chilló de pronto la señora—. ¡No podemos esperar ya más, nos vamos a morir de viejos si no lo encuentras... Me lo habías prometido. ¡Me lo habías jurado! Hace catorce años que te estoy creyendo, que confío en ti... ¿Qué clase de vida he tenido en estos catorce años? Siempre esperando que termines tu jornada, que a veces es de veinte horas... ¡Y las otras cuatro las dedicas a dormir! Hay semanas en que sólo te veo como una sombra a mi alrededor... ¿Qué he conseguido en catorce años? ¡Nada! Me prometiste que mi sacrificio no sería inútil...
—Tenias ya cincuenta y tres años cuando comenzó todo esto — recordó sombríamente el profesor.
—¡A los cincuenta y tres años, la vida podía ofrecerme todavía muchas cosas! estalló ella—. Y todo lo que podía haber tenido desde entonces hasta ahora lo he sacrificado en vano... ¡En vano!
—Digamos que invertiste catorce años de vida de anciana con la esperanza de conseguir empezar de nuevo a vivir..., a los dieciocho o veinte.
—¡A los cincuenta y tres años no se es una anciana! ¡Ahora si lo soy, con sesenta y siete! He perdido catorce años de una vida que podía haber sido amable a cambio de nada. Me dijiste que con tu «*Vivere*» podríamos los dos volver a ser jóvenes, que valía la pena sacrificar unos años de madurez o de vejez para dedicarlos a conseguir ese... ese líquido siniestro... ¡Si hasta a Gino le ha parecido sangre!
—Creo que estás perdiendo el control, querida. En cuanto a mí, todavía no me doy por vencido. Voy a seguir trabajando en el «*Vivere*». y lo conseguiré... ¡Lo conseguiré!
—¡Jamás debí escucharte! ¿Cómo podía ser posible que una cosa así diese resultado?
¿Cómo pude creer que inyectándome un líquido yo podía volver a tener veinte años? ¡Santo Dios, he estado loca, he sido una loca estúpida por escucharte, y he perdido catorce años de mi vida!

El señor profesor se puso en pie, cansadamente.
—Voy a seguir trabajando —murmuró—. Pero esta noche me acostaré pronto, pues quiero ir mañana mismo a Roma. Saldré temprano, aunque sólo hay cincuenta kilómetros... ¿Te quedarás o vendrás conmigo?
—¡No pienso quedarme aquí sola con Gino!
—Está bien. Iremos los dos, recogeré las cobayas que tengo encargadas, y le compraremos un bonito cachorro a Gino. Ya verás como olvida en seguida a «Baffi» — echó un vistazo por la ventana, y sonrió tristemente—. Me parece que esta noche tendrás que preparar tú la cena, querida.
—No tengo apetito... ¡Y no pienso meterme en la cocina!
—Está bien, está bien... Iré a ver cuál es el estado de ánimo de Gino, pero me parece que esta noche no podremos contar con él para nada. Hasta luego.
Salió del dormitorio y luego de la casa. La tarde estaba declinando ya, se veía el cielo de color morado, y el intenso rojo del sol poniente en el Oeste, hacia el mar. Gino continuaba en el mismo sitio, con «Baffi» sobre sus rodillas, desde luego, y comenzó a caminar hacia allí.
Pero se detuvo en seco a los pocos pasos. *¿Y* si ella tenía razón? Cierto. Gino era bueno, y hasta tenía una inteligencia natural bastante aceptable, pero... la verdad era que con seres como Gino no se podía estar nunca seguros de nada. Demasiado elementales, eso eran. Increíblemente bondadosos, pero, de pronto, en su mente simplísima podía brotar la idea de hacer el mal, y sin duda lo hartan con la misma naturalidad con que hacían el bien. Gino tenía unas manos enormes, que parecían hechas de barro cocido... Si le apretaba el cuello con aquellas manos, no lo iba a estrangular, no... Simplemente, le partirla el cuello como si fuese un mondadientes. Incluso, si se lo proponía, podría arrancarle la cabeza, tal era la fuerza de Gino.
El profesor miró atentamente aquel feísimo rostro lleno de lágrimas, y movió la cabeza.
No. Gino no iba a hacerle el menor daño a él ni a nadie.
Así que se acercó. Llegó a sólo dos pasos de él, siempre mirando aquel rostro impresionante, escalofriante, espeluznante.
—Gino —empezó a decir dulcemente—, la señora y yo...
Mientras hablaba, dirigió una mirada al perro. Y entonces quedó mudo. Su garganta se secó de pronto, quedó como si en un millón de años no hubiese circulado saliva por ella. Y sus ojos se desorbitaron, su rostro palideció, su boca se desencajó en una mueca de espanto..., mientras retrocedía un paso.
—¡Dios mío! —jadeó.
¿Era realmente el cadáver de «Baffi» lo que Gino tenía sobre sus rodillas? Bien..., ¿qué otra cosa podía ser, si no? Pero..., ¡santo cielo,

no era posible! ¿Cómo podía hallarse en aquel estado un cadáver que apenas tenía media hora?

Alucinado, se quedó mirando lo que quedaba de «Baffi»: era un montón de huesos visibles a través de pelo y carne corrompida; ya no quedaban vísceras, ninguna clase de tejido blando; los ojos de «Baffi» eran sólo dos cuencas vacías y secas, los dientes habían caído sobre el regazo de Gino... El cadáver del perro ni siquiera olía mal ya. Estaba seco, como cuero podrido, como arcilla... Una de las patas delanteras de «Baffi» cayó, de pronto, pero no brotó sangre, ni se vio carne o hueso; como si el animal hubiese estado hecho de cenizas. La descomposición había sido sobrepasada largamente, y «Baffi» era añora sólo unos restos que, juzgando por su estado, tenían veinte, treinta, cincuenta, quizá cien años... Como si el animal llevase muerto cien años. Y había muerto hacía media hora tan sólo.

El señor profesor dio media vuelta, de pronto, sin que Gino se hubiese dignado tan siquiera mirarlo, y echó a correr hacia la casa; hacia la puerta del laboratorio. Entró en éste, cerró la puerta, y se apoyó en la madera, jadeando, temblando... Cerró los ojos, y durante unos segundos, su mente sólo pudo captar un hecho; estaba sudando su cuerpo.

Sí, sentía húmedo el cuerpo, todo el cuerpo.
Se fue serenando, lentamente. A fin de cuentas, él era un investigador, un científico, tenía que aceptar los hechos. Pero, ¿qué había ocurrido? En lugar de rejuvenecer a «Baffi» lo había matado, y además, había impreso a su materia muerta una aceleración del proceso de descomposición...
¿Le iban a dar el Premio Nobel por eso?
Durante un par de minutos, estuvo pensando seriamente en esta posibilidad, hasta que sonrió compadeciéndose de sí mismo. ¿Qué utilidad tenía aquello? Que él supiese, los cadáveres de las personas seguían tres destinos, según el deseo de los familiares o los expresados por la propia persona antes de fallecer, o incluso, determinados por leyes del país que fuese... Podían ser, simplemente, enterrados en un ataúd. Podían ser incinerados, y metidas las cenizas en una caja hermética que la familia podía conservar o no. Y podían ser, en algunas ocasiones, embalsamados. Para estos últimos, ciertamente su invento no servía de nada. Los que optaban por la incineración, rechazarían de plano que el familiar, en lugar de ser incinerado, fuese..., putrefactado aceleradamente. En cuanto a los que enterraban a sus muertos después de maquillarlos para que tuviesen «buen aspecto»... ¿cómo iban a escuchar siquiera la proposición de que en media hora el familiar muerto estuviese como si hubiese pasado un siglo?
—No sirve de nada —movió la cabeza, hablando en voz alta—. De nada. ¡Y yo que creía estar tan cerca del «Vivere»! Pero no voy a darme por vencido, no.
Intentó trabajar, pero no pudo concentrarse. Finalmente, decidió tomarse un descanso. Sí, un par de días de descanso le sentarían muy bien.
—Voy a preparar yo la cena. Algo conseguiré cocinar, y me distraeré.
Preparó una cena que fue un auténtico desastre, pero no hubieron quejas. Por parte de Gino y de la señora, porque no comieron nada. A Gino ni siquiera se le ocurrió sugerírselo; seguía en el mismo sitio, con «Baffi» o lo que quedase de «Baffi» en sus rodillas. Su esposa ni siquiera le escuchó cuando le habló de la cena. En cuanto a él..., ¿cómo iba a presentarse quejas de sí mismo?
Se acostaron muy temprano y eso tuvo como consecuencia que les costó muchísimo dormirse. Es decir, dar unas cuantas cabezadas. En realidad, cuando en la ventana comen- zó a verse el resplandor del sol naciente, apenas habrían dormido en total una hora.
—¿Estás despierta? — preguntó el profesor.
—Sí.
—Ya es de día. Será mejor que nos levantemos y salgamos hacia Roma cuanto antes. Podremos hacer muchas cosas si salimos tan

temprano.
—Lo que tú digas.
Ni siquiera una hora más tarde, estaban listos para la marcha. El señor profesor fue a sacar el coche del cobertizo en el que, antes de llegar ellos, Gino había tenido cajas llenas de tomates, pepinos, pimientos y cosas así, que se pudrían antes de que tuviese tiempo de consumirlas. Sacó el coche, lo dejó delante de la casa, y miró hacia Gino, que seguía en el mismo lugar... Pero ahora, no tenía nada sobre sus rodillas. Solo, lo que parecía unos cuantos puñados de polvo, quizá desbarro gris, quizá de cenizas... Esto era todo lo que quedaba de «Baffi».
El profesor se acercó a Gino.

—Gino deberías comer algo, y dormir. Gino alzó la cabeza. Ya no lloraba.
—Sí, lo haré —dijo con voz tranquila—. Pero antes quiero enterrar a «Baffi».
El profesor abrió la boca, pero de momento no dijo nada. ¿Enterrar a «Baffi»? A Gino le habría bastado sacudirse las ropas para que las cenizas se las llevara el viento, y de «Baffi» no quedaría ni rastro. ¿Qué es lo que iba a enterrar si nada había?
—Me parece bien, Gino. La señora y yo vamos a Roma, a comprar algunas cosas. Estaremos de vuelta esta misma noche, y traeremos algunos regalos... Y una gran sorpresa, que te gustará mucho.
—¿Qué sorpresa?
—Si te lo digo —sonrió el profesor—, no será una sorpresa... ¿O quizá prefieres... que no volvamos, que no vivamos más contigo?
—Sí *signore*, sí... Quiero que vivan conmigo.
—Ah... Gracias. Gino. Bien... Hasta la noche.
—Hasta la noche, señor profesor, sí.
El profesor vio salir a su esposa de la casa, y entrar en el coche. El fue a tomar el volante, y miró una vez más a Gino, que se había puesto en pie, sacudiendo con cuidado su ropa, de modo que las cenizas o lo que fuese de «Baffi» caía a sus pies.
—¿Ya ha enterrado al perro? —preguntó la señora.
El profesor no contestó. No tenía ganas de hablar en aquel momento. Vio a Gino arrodillarse, y hacer un montoncito con los restos de «Baffi».
—¿Nos vamos o no? —preguntó ella.
— Espera un momento.
Gino entró en la casa, y salió con una vasija de barro. En ella metió las cenizas del perro, y luego se quedó mirando hacia el sol, parpadeando, desconcertado. El profesor comprendió que Gino estaba pensando dónde podía enterrar la vasija... Todo había terminado.
Puso el coche en marcha, y partieron hacia Roma.

* * *

Como habían salido temprano, y Roma estaba tan cerca, regresaron antes de la noche. Todavía había sol, debía ser más o menos la hora en que «Baffi» había muerto la tarde anterior. Gino estaba sentado bajo un olivo, con la espalda apoyada en el tronco, y ante él tenía docenas de pajarillos, que comían velocísimamente las migas de pan que les iba echando. Tenía ante sus pies toda una fuente de migas de pan, y el señor profesor y la señora sabían que no se movería de allí hasta que no quedase ni una sola...

—¿Crees que le gustará el cachorro? —preguntó ella.
—Ya verás como si. Pero éste no es el momento... Vamos a entrarlo todo en la casa. Yo me ocuparé de las cobayas.
En el asiento de atrás, en una jaula, llevaba una docena de estos sufridos animalitos. La sacaron entre los dos, no sin esfuerzo. Gino habría manejado aquella jaula como si fuese una caja de cerillas, pero no querían molestarlo. Lo fueron entrando todo en la casa, incluso los regalos que habían comprado para Gino... Todo, menos una cesta de mimbre cuya tapa estaba cerrada.
Cuando volvieron a reunirse junto al coche, la señora dijo, con tono de alivio:
—Gino ha preparado la cena.
—¿Lo ves mujer? Es demasiado bueno para guardar rencor a nadie... El sabe que nosotros lo hemos sentido lo que le ha pasado a «Baffi», y en cuanto vea al cachorro lo olvidará todo completamente.
—Gracias a Dios... De todos modos, era sólo un perro. El profesor frunció el ceño.
—No se te ocurra decir eso cuando Gino pueda oírte.
—Tienes razón...
—Ya ha terminado de dar de comer a los pájaros, ahí viene. Primero le enseñaremos los regalos: dejaremos el cachorro para el final.
Gino llegó hasta ellos sonriendo.
—Tenían mucha hambre —dijo—. Siempre tienen hambre.
—Te hemos traído unos regalos, Gino, como te prometí. ¿No quieres verlos?
—SI, señor profesor.
—Están dentro. Ven.
—Gracias por preparar la cena, Gino —dijo la señora. Gino la miró sorprendido.
—Siempre la preparo yo, señora.
—Sí, claro... Te gustarán los regalos.
Los regalos eran unas formidables botas para todo tiempo y terreno, unos pantalones fortísimos, unos gemelos muy potentes, una armónica, y un juego rompecabezas, con cuyos cubos de cartón, explicó el profesor, se podían construir seis imágenes iguales a las de las cartulinas que había en la caja. Gino lo aceptó todo con una sonrisita inmóvil en sus labios. Las botas y los pantalones no parecieron interesarle demasiado, los gemelos lo dejaron sorprendido, la armónica le dejó estupefacto, y el juego rompecabezas le hizo fruncir el ceno con interés... Pero dos minutos más tarde, parecía que nada hubiese ocurrido, que nada le importase.
El profesor lo miraba maliciosamente.
—Y ahora —dijo— el último regalo. Ven, Gino.
Salieron de la casa. El profesor sacó la cesta del coche, y la puso en

las grandes manos de Gino.
—Abrela —sonrió.
Gino lo hizo, con notable indiferencia..., pero, apenas ver al cachorro, toda su expresión y su actitud sufrieron un cambio completo, fue como si su espeluznante rostro se iluminase, de un modo sorprendente. Su ojo se abrió mucho, y también su boca, y por un instante pareció muchísimo menos feo. ¿No estaba soñando? Allá tenía una bola de largo pelo parduzco, parecido al de «Baffi»... Si, al, si, parecido al de «Baffi». Su boca se abrió y cerró varias veces, pero Gino no acertó a pronunciar palabra alguna. Sacó al perrito, dejando caer la cesta como si no existiese, y lo sostuvo en sus grandes manos. El perrillo gimió, y lanzó un lametazo hacia la mano de Gino, antes de lanzarle una graciosa dentellada con sus minúsculos dientes, que hizo reír a Gino.
—¿Te gusta? —preguntó el profesor—. ¿Te gusta, Gino?
Gino comenzó a tartamudear. Quería decir algo, pero su voz era entrecortada, jadeante... No se le entendía una sola palabra, tartamudeaba y reta, sin dejar de mirar al gracioso cachorro que la había emprendido con sus dedotes... De pronto, Gino palideció, y retrocedió un paso, estrechando al perro contra su pecho, mirando con expresión desorbitada al profesor, que comprendió en seguida.
—No. no, Gino —se apresuró a asegurar—. No haremos experimentos con este, te lo juro. He traído cobayas, y aunque no fuese así, no haríamos nada con él. Te lo juro.
Gino asentía con la cabeza y volvía a reír. Lanzó un grito, se volvió hacia el corral gallinero y echó a correr, alzando el cachorro con las dos manos, riendo, gritando... Cuando desapareció dentro del corral, el profesor suspiró.
—Bueno, ya lo ves... No podía ni siquiera hablar de la alegría. Seguramente, ahora se lo está presentando a las gallinas y al caballo. Todo olvidado, querida. ¿Vamos a cenar?
Gino regresó a la casa, con el perro apretado contra su pecho, cuando estaban terminando de cenar. Se sentó a un fado de la mesa, y los fue mirando, primero a uno luego a otro.
—¿Estás contento, Gino?
—Sí, señor profesor. Mucho, sí.
—Ya verás como pronto olvidarás a «Baffi»... Por cierto: ¿dónde lo has enterrado? Gino eludió la respuesta, preguntando a su vez:
—¿Les ha gustado la cena?
—Sí... sí... Muy buena. ¿Dónde has enterrado a «Baffi»?
—El está en muy buen lugar, señor profesor.
—¿No quieres decírmelo?
—No... No.
—Está bien. Bueno. ¿Cómo vas a llamar a éste?
El profesor se dio cuenta en seguida de que había preguntado una

tontería. Incluso antes de que Gino, asombrado, replicase:
—Se llama «Baffi».
—Sí, claro. Bueno, es muy pequeño, tendrás que cuidarlo mucho al principio. Mañana mismo tendrás que comprar unas cuantas botellas de leche en Genzano.
—No —dijo Gino—... Le compraré una vaca a Pierino.
—¿Qué dices? Vas a comprar una vaca sólo para darle leche al perro?
—Sí, signore. Pierino es mi vecino más cercano. Tiene varias vacas. Le compraré una.
—Pero, una vaca vale mucho dinero.
—Yo tengo dinero, que me han ido dando ustedes. Nunca lo gasto. Ahora, le compraré una vaca a «Baffi», y así tendrá mucha leche —Gino reflexionó unos segundos, antes de terminar—. Y yo también tendré leche. Me gusta.
—Bueno —rió la señora— me parece que todos vamos a tener que beber mucha leche a partir de ahora.
El único ojo de Gino relució como si dentro estallase un relámpago.
—¿No le ha gustado la cena, señora?
—Sí... Claro que si me ha gustado. Estaba muy buena.

—¿Sí, verdad? —sonrió Gino—. Estaba muy buena... Muy buena. Ahora me voy a ver a Pierino.
—¿Ahora? |Pero si ya es de noche, y hay más de tres kilómetros hasta allí, Gino! Gino apretó al revoltoso cachorro contra su pecho.
—Voy a comprarle una vaca a «Baffi» ahora mismo... Si quieren, pueden servirse el resto de la cena. Ahora me voy. Yo no la necesito.
Y salió de la casa. El profesor encogió los hombros.
—Bueno, si él quiere caminar de noche, es cosa suya. No creo que le pase nada, desde luego... ¿Qué te pasa? Estás pálida...
—¿No te ha parecido... que insistía mucho en que la cena estaba buena, y que... que comiésemos más?
—No. Bueno, no sé... No me ha parecido nada especial ni nada. ¿Por qué? Espera: lo único que me tiene un poco intrigado es que no haya querido decimos dónde ha enterrado a Baffi»... ¿Qué importancia puede tener eso?
—Me... me siento mal.
—¿Qué te pasa? —se alarmó el profesor, poniéndose en pie.
—Siento... siento unas náuseas... ¡Estoy segura de que Gino ha echado las cenizas de «Baffi» en nuestra comida!
El profesor palideció.
—¡No digas tonterías!
—¡Esa es su venganza, estoy convencida de que...!
Su cuerpo se estremeció en una violentísima arcada, dio media vuelta para salir a toda prisa de la cocina, pero no le dio tiempo. Vomitó allí mismo, con una violencia espantosa, como si fuese a estallar en mil pedazos. Y mientras vomitaba, gritaba y gemía, y cada instante se le revolvían más las tripas, hasta que el estómago quedó completamente vado, y entonces las arcadas fueron peores todavía...
El profesor había querido acudir junto a su esposa, pero la idea de que se hacían comido los restos, las cenizas de «Baffi», se afianzó también en su cerebro, y un sudor frío le inundó de pronto..., un instante antes de que también comenzase a vomitar con una fuera aterrador, con ojos desorbitados, llenos de lágrimas, igual que la señora... Era como si el estómago se les estuviese volviendo al revés y al mismo tiempo le estuviesen clavando en él rabiosos pellizcos.
Jadeando, pálidos, demudados los rostros, estremecidos de asco y de frío, terminaron por quedar sentados en el suelo, con el rostro lleno de lágrimas, casi desvanecidos de asco y dolor.
—Dios mío —pudo balbucear la señora—. ¡Nos ha envenenado con el cadáver de su perro!
El profesor experimentó tal arcada que cayó de bruces al suelo, agitándose espasmódicamente. Todavía tardaron no menos de tres o cuatro minutos en conseguir dominar las náuseas y ambos sentados de nuevo en el suelo se miraron con expresión desorbitada...

—¿Qué... qué más habrá puesto... aparte de las... de las cenizas de «Baffi»?

CAPÍTULO II

Me quieres, «Baffi»? Si, si, si, me quieres, ¿verdad? ¡Ven, «Baffi», ven aquí! ¡No te caigas, ven!
El pequeño «Baffi» se caía algunas veces, porque todavía era muy pequeño pero estaba aprendiendo mucho, especialmente a acudir cuando Gino lo llamaba. Llegaba dando saltos hasta él, se encogía, gruñía, ladraba... Tenía un ladrido agudo, que hacía reír a Gino. Y parecía muy belicoso.
—Así... Así —le elogiaba Gino—. Eres muy obediente y muy valiente. ¡Gruñe, «Baffi», gruñe...! ¡Eso es! Vas a ser muy grande y muy fuerte. La leche de Mamma es buena, ¿verdad, «Baffi»? Es muy buena, y te hará muy fuerte y grande... ¿Tienes hambre? ¿No? ¿Prefieres que juguemos? ¡Vamos a buscar ratones, «Baffi»!
Gino echaba a correr, y «Baffi» partía tras él, ladrando de aquel modo tan agudo que siempre hacía reír a Gino. Pero Gino sabía que muy pronto. «Baffi» se haría grande y fuerte, y que su ladrido no sería agudo, sino bronco, fuerte, aterrador. Gino no sabía nada de razas ni de pedigrees de animales, pero intuía perfectamente que el pequeño «Baffi», sí, el pequeño «Baffi» no tardaría muchos meses en ser un perro grande, fuerte y valiente.
Mientras tanto, siempre corrían y jugaban por todas partes y cuando Gino comprendía que el perrito se cansaba, lo tomaba en brazos, y decía:
—Ahora, vamos a descansar un poco. Iremos a ver a «Baffi» ¿Te parece?
Lo llevaba hacia la parte más alta de la parcela donde cultivaba sus verduras y Hortalizas. Allá Había construido una pequeña pirámide con piedras y barros, y en la cúspide estaba el jarrón con los restos de «Baffi», había hecho aquello el día siguiente de la muerte del perro, mientras el profesor y la señora estaban en Roma. Por eso, cuando regresó de madrugada con la vaca, a la que puso el nombre de Mamma, porque le parecía que iba a ser un poco madre del pequeño «Baffi» se había sorprendido al encontrar despiertos al profesor y a la señora. Los dos tenían muy mala cara. Estaban muy pálidos y asustados, lo miraban de un modo raro. Gino llegaba muy contento, porque Pierino, al que conocía hacía muchos años y con el que sólo se vela muy de tarde en tarde por los campos no había tenido inconveniente en venderle una vaca.
Cuando el profesor *y* la señora le dijeron lo que pensaban que él había hecho, Gino quedó atónito, mudo de asombro. Miró las suciedades en el suelo, luego los miró a ellos... ¿De verdad? Pensaba que él se había vengado metiendo a «Baffi» en sus cuerpos?

¡Pues vaya venganza...!
—No, signore —había negado, sin salir de su asombro. No, no, no. «Baffi» está fuera, y siempre estará ahí y verá salir y ponerse el sol, y en los días claros, verá todo el campo hasta muy lejos, y yo lo veré cada día, cuando vaya a coger tomates o alguna otra cosa, o a plantar... El verá siempre la casa, y yo siempre le veré a él... No, *signore*.
No le creyeron y el profesor le obligó a llevarlos a donde él decía que estaba «Baffi», aunque aún era de noche. Gino los llevó allí, y vieron el montón de piedras, y el jarrón encima, en aquel sitio tan bueno desde el que se podía ver salir y ponerse el sol. El profesor tomó el jarrón y quitó la tapadera que Gino había hecho con una piedra plana, y vio las cenizas. Luego, los dos se retiraron a su dormitorio en silencio como muy cansados...
—Ven, «Baffi», ven, iremos a ver a «Baffi», ¿quieres?
En su laboratorio, el profesor estaba mirando hacía una ventana, por la cual se podía ver a Gino. No veía nada. Simplemente miraba hacia afuera, pero sin ver nada. Tenía en una mano una jeringuilla, y sobre la mesa, ante él, había una pequeña jaula con una de las cobayas viejas. Siempre las compraba viejas, claro.
De pronto dejó la jeringuilla y lentamente, salió del laboratorio, leyendo. El se sentó en otra silla, y entonces ella alzó la mirada del libro, para dirigirse a él.
—Lo he conseguido —dijo el profesor con voz neutra.
Los labios de la señora quedaron rígidos. Todavía tardó bastante en poder preguntar.
—¿El «*Vivere*»? ¿Has conseguido el «Vivere»?
—Sí.
—No... No es posible.
—Sí.
El señor profesor parecía hecho papilla. Era un pobre anciano de setenta años, y de pronto, pareció aún más viejo. Sus manos comenzaron a temblar, de su boca brotaron palabras que no tenían sentido para su esposa, que no podía comprender... Oía el chocar de sus dientes, percibía aquel temblor que se iba apoderando de todo su cuerpo..., hasta que el profesor escondió el rostro entre las manos, y rompió a llorar, como un niño.
La señora no sabía qué hacer. Miraba a su marido como alucinada, entre incrédula y esperanzada. Catorce años... ¡Catorce años esperando! ¿Realmente lo había conseguido? Realmente.
El profesor alzó el rostro. Lo tenía lleno de lágrimas, pero sonreía expresando una felicidad indescriptible.
—Ven —dijo poniéndose en pie—. ¡Ven a verlo!
La llevó al laboratorio, y le mostró la joven cobaya que había en la

jaula. La señora había visto muchas cobayas y sabía cuándo el animalito era joven o viejo. También sabía que su marido hacía tiempo que no compraba cobayas jóvenes, pues las necesitaba viejas, para rejuvenecerlas... Y si él nunca compraba cobayas jóvenes y sabía que del último viaje a Roma sólo habían traído cobayas viejas..., ¿de dónde había salido aquélla, tan joven y lustrosa?

—Dios mío —gimió—. ¿Estás seguro?

El señor profesor no respondió. Se limitó a repetir el experimento, inyectando líquido a otra cobaya vieja, operación que la señora contempló con los oíos muy abiertos. Luego, la cobaya recién inyectada fue dejada en su jaula y la señora comprendió que tenían que esperar.

En el completo silencio de aquella parte de la campiña italiana, a cincuenta kilómetros escasos de Roma, en las estribaciones del Monte Cavo, los dos ancianos esperaron.

No mucho.

Quizá ni siquiera habían transcurrido diez minutos cuando la señora comenzó a notar el cambio en la cobaya. Su pelaje se oscureció ligeramente, y se hizo más brillante. También el animalito aumentó de tamaño, sus movimientos fueron vivos cuando el profesor la obligó a desplazarse. Los dientes se veían blancos y fuertes, la boca sonrosada... La cobaya comenzó pronto a moverse sin necesidad de que el profesor la molestara. Comenzó a desplazarse ágilmente de un lado para otro, a ponerse de pie sobre las patas traseras, y su pelaje era cada vez más bonito y brillante...

—¿Lo has visto? —susurró el profesor—. ¿Lo has visto? ¿Lo estás viendo?

La señora asintió con la cabeza. Estaba pálida como un cadáver, y sus piernas se doblaron; habría rodado por el suelo de no sujetarla el profesor por un brazo. Torpemente abrazados los dos, ayudándose uno al otro, regresaron al comedor-cocina de la casa de Gino, y volvieron a sentarse, uno frente a otro. Se quedaron mirándose fijamente, con una luz nueva en los cansados ojos. Desde el exterior, muy lejano, llegó el agudo ladrido del pequeño «Baffi».

—Pobre «Baffi» —movió la cabeza el profesor—. ¡Si yo hubiese tenido un poco más de paciencia!

—¿Cómo... cómo lo has conseguido, qué has hecho, cómo lo has logrado por fin...? El profesor parpadeó.

—En realidad —musitó—, creo que se lo debo a Gino.

—¡A Gino! —exclamó la señora, incrédula.

—Bueno, en cierto modo... Cuando nos disponíamos a inyectarle a «Baffi», Gino me preguntó si el «*Vivere*» era sangre... Le dije que no, claro está. Le dije que no, simplemente. Pero cuando reanudé el trabajo, al día siguiente de volver de Roma, reflexionó que, si bien no

era sangre, sí era en cambio una especie de plasma. También reflexione que si había fallado el experimento fue debido a que se me había escapado algún pequeño detalle! Y pensé que si aquello era una especie de plasma, la sangre podía completarlo. Me extraje un poco de sangre, y pulvericé en el «Vivere»; luego, inyecté a una cobaya, que murió en menos de una hora, pero sin... putrefacción, como le había ocurrido a «Baffi». Me dije entonces que quizá la sangre de humano no le iba bien al conejillo, así que aprovechando una de las ausencias de Gino, fui al corral, y le extraje sangre al caballo y también a la vaca. Realicé la misma operación de mezcla de pulverización, inyecté a dos cobayas..., y las dos murieron a los pocos minutos.
—Pero...
—Espera. Entonces, decidí no pulverizar la sangre, sino extractarla. Ese extracto lo introduje en mi plasma, inyecté a dos cobayas más... y tardaron tres horas en morir. Tres horas, ¿te das cuenta?
—No... no.
—Vivieron tres horas. Era muchísimo más de lo que había conseguido hasta entonces. Comprendía que estaba en el buen camino, pero todavía fallaba algo... Finalmente, se me ocurrió: ¿por qué no introducir en mi plasma extracto de sangre... de otra cobaya? Tuve que sacrificar otro animal: le retiré toda la sangre del cuerpo.
—¡Pero entonces tuvo que morir!
—Naturalmente. Pero al fin lo conseguí: extracté la sangre de la cobaya, la introduje en mi plasma e inyecté a otro animal... Los resultados fueron los mismos que tú acabas de ver con la segunda cobaya: rejuveneció... ¡Rejuveneció, querida!
—Lo has conseguido... ¡Dios mío lo has conseguido, por fin, después de catorce años...!
—Sí —murmuró el profesor, bajando la mirada—. Lo he conseguido al fin.
La señora estaba radiante de alegría, incluso sin necesidad de plasmas parecía ya más joven. Le brillaban los ojos, había color y calor en su rostro... De pronto, su boca se abrió con un gesto de angustia, como si acabase de recibir un fortísimo golpe en el estómago, y palideció.
—Pe-pero... pero si se necesita... sangre de... de...
—De la misma especie —dijo con voz apenas audible el profesor, sin levantar la mirada—. Sí, eso es.
—Pero... Pero... ¡Dios mío!
El profesor se puso en pie, evitando mirarla.
—Iré al laboratorio y pondré un poco de orden y a ver qué tal siguen las cobayas inyectadas —dijo sombríamente.
Eran las cinco de la tarde.

Poco antes de las siete, Gino entró en la casa, seguido de «Baffi» y fue a la cocina, a preparar la cena. Vio a la señora sentada, con un libro en las manos, pero no estaba leyendo. Estaba pensando, y Gino comprendía eso muy bien, porque él también pensaba siempre en muchas cosas, así que no la molestó, no le dijo nada.
Luego, durante la cena, se dio perfecta cuenta de que el profesor y la señora estaban muy raros, que no hablaban de nada, y que no parecían tener el menor apetito. No se miraban entre ellos, ni le miraban a él. Gino pensó que quizá creían que había puesto los restos de «Baffi» en la cena, y a su manera les hizo comprender que no era así,
—«Baffi y yo hemos estado visitando a «Baffi» —dijo.
—Sí, está bien, Gino.
—¿No tienen hambre?
—No mucha... No.
—Bueno, «Baffi» es aún pequeño para comer esto, pero se lo llevaré a los gatos. Quieren mucho a «Baffi».
Recogió la comida, y dejó limpia la mesa. Poco después, aunque ya era de noche, Gino salió, seguido siempre por «Baffi», a llevarle la comida a los gatos, que acudirían como por arte de magia.
Durante un par de minutos, el silencio entre el profesor y la señora fue tenso: molesto, incluso. Por fin, ella se atrevió a mirar a su marido.
—¿Y si...?
—¿Sí? —la miró él.
—Yo... pensaba que... que Gino.
—No.
—¿Por qué no? ¿A quién le importa Gino, en realidad? Es tan horrible... Vive como un animal, no tiene amigos, ni familia, ni tiene nada de nada... Es un monstruo, y si lo...
—No, Gino, no.
—Pero, ¿por qué? ¿Por qué no?
—Hay mucha gente de estos campos, y del pueblo, que saben que estamos viviendo con él. Primero, iba contigo a Genzano, a comprar. Ahora, hace tiempo, va solo. Puede que nadie le quiera, que hasta cause espanto cuando aparece por allí, pero todos saben que vive, que va una vez por semana al pueblo... Es un monstruo, tienes razón, pero todos le conocen y saben que nosotros vivimos con él. ¿Cómo explicaríamos su desaparición?
—Pe-pero... ¡pero tenemos que hacer algo! ¡Ahora que sabemos cómo conseguir el «*Vivere*» para nosotros!
—¿Y qué crees que podemos hacer?
—Podrías... ir a Roma, y comprar sangre en... en algún hospital, o...
—¿Estás loca? En los hospitales no venden sangre: la tienen allí para las personas que la necesitan. ¿Cómo voy a presentarme allí pidiendo

cinco o seis litros de sangre?
—Sí... Supongo que tienes razón... ¡Podríamos comprarla directamente a algunas personas! ¡Podríamos...!
—La policía nos buscarla no tardando mucho. No se puede ir por ahí pidiendo sangre a la gente, querida. Por muy discretos que fueses nuestros... vendedores, esto acabaría por saberse. Lo dirían a otras personas, se comentaría... Por supuesto que tengo el título de médico, pero prácticamente nunca he ejercitado, me he dedicado a la investigación. ¿Qué explicación podría dar? y en todo caso, llamaría la atención... No, tampoco podemos hacer eso.
—¿Y si...?
—No insistas. Lo he pensado todo. Incluso acudir a una fundación de las muchas que existen para investigaciones científicas.
—¡La idea es buena...!
—No. Seguramente, conseguiría hacerme escuchar, pero, cuando fuese a darme cuenta, mi trabajo de todos estos años sería considerado como... propiedad de todos aquellos que me escuchasen. Si, cuando fuese a darme cuenta, mi nombre sería uno más en la lista de los que dirían haber «trabajado» en el «*Vivere*». Y eso no pienso aceptarlo de ninguna manera... ¡Lo que he hecho yo solo! ¡Quiero que sea mi nombre, únicamente mi nombre, el que se mencione cuando el «*Vivere*» obtenga el Premio Nobel. No consentiré que nadie me robe o se atribuya la menor participación en mi labor de catorce años...! ¡Nunca consentiré eso!
—Pero entonces... no hay solución... ¡Tenemos el «Vivere», podemos ser jóvenes, y no....!
El profesor se puso en pie furiosamente.
—He encontrado solución a cuestiones mucho más difíciles que ésta —dijo con firmeza—. Algo se me ocurrirá.
Y algo se le debió ocurrir en las siguientes veinte horas, porque al día siguiente, a las seis de la tarde, emprendió viaje a Roma, tras cargar una gran maleta en el portaequipajes, iba solo, pese a la insistencia de la señora.
—Tengo miedo —habla dicho y repetía ella—. Si Gino...
—Deja tranquilo a Gino —había rechazado él—. ¿Aún no lo has comprendido? Si realmente pensara hacernos daño, ya nos habría atacado, o en efecto, habría puesto los restos de «Baffi» en la comida, o nos habría envenenado de cualquier manera... Pero ni eso; su mente es clara y directa: nos habría hecho pedazos con sus manos, sabes que podría hacerlo. Ese hombre ni se acuerda del otro perro, así que todo irá bien.
Y se fue solo, en el coche a Roma.

CAPÍTULO III

Antonella era una de las habituales paseantes de la Vía Apia de Roma. Hacía años que estaba dedicada a aquella «profesión», y, en conjunto, no le había ido mal, pues tenía algunos ahorros. En realidad, casi podía haberse retirado ya, y poner una pequeña tiendecita para vender perfumes y cosas así, pero seguía en la brecha, quizá por inercia quizá por un exceso de codicia.

Sin embargo, en las noches de los domingos, los pensamientos de retirarse iban siendo cada vez más insistentes. Durante la semana, el «trabajo» iba normal. Luego, las noches del viernes y el sábado, aumentaba tanto que valía la pena seguir «paseando» por la Via Apia. Pero, las noches de los domingos eran aburridísimos.

Cierto que llegaban «clientes» en sus coches, pero eran pocos, y se permitían escoger a la compañera con lentitud y más exigencias que durante el resto de la semana. Y en cuanto los clientes se ponían a ser exigentes, Antonella comprendía que tenía todas las de perder.

Tiempo atrás, había sido más que aceptablemente guapa, y había estado delgadita, llamativa. Últimamente, en cambio había engordado mucho, y eso hacía decrecer su éxito. Años atrás, los romanos habían mostrado indudable preferencia por las chicas gorditas, precisamente gorditas. De eso hacía bastantes años, cuando Antonella aún jugaba con muñecas en el Trastevere, con sus pequeñas amigas... Y ahora, precisamente ahora que ella estaba gorda, aunque eso sí, fuerte y lustrosa, a los hombres les había dado por las delgaditas.

Sí. Aquellas noches de los domingos. Antonella sentía tentaciones de marcharse a su apartamento y no volver más por la Vía Apia. Pero siempre volvía.

Y siempre había uno u otro que la llamaba desde el coche y resultaba que terminaba la «jomada» sin haber perdido del todo el tiempo.

Como aquella noche de aquel domingo.

Eran casi las once, y habían pasado muchos coches, que disminuían la marcha al ver su silueta. Pero entonces la veían mejor, y el conductor no acababa de frenar.

Pero sí. Siempre había alguno que frenaba.

Cuando aquel coche frenó delante de ella, Antonella sonrió, y se acercó moviendo mucho sus formidables caderas. A fin de cuentas, si aquel conductor se había detenido quizá era porque le gustaban precisamente las chicas llenitas, y entonces Antonella tenía que demostrarle que había sabido hacer bien su elección.

Llegó junto al coche, y metió la cabeza por la ventanilla, derecha, cuyo cristal, naturalmente, estaba bajado.

—Hola, encanto —sonrió—: ¿me llevas de paseo?

—Sube —dijo el hombre.

Era una voz ronca y un tanto cascada, pero Antonella ya no se inmutaba ni sorprendía por nada, porque la Vía Apia es una gran escuela para aprender muchísimas cosas, en especial de los hombres. Algunos incluso se emocionaban por recoger a una de las chicas paseantes, y su voz quedaba engolada, o aguda o ronca. Los había de todas clases.
Pero cuando estuvo sentada jumo al conductor, Antonella alzó las cejas un poquito sorprendida, aunque sin dejar de sonreír.

—Vaya —comentó cariñosamente—. El abuelito tiene ganas de pelea, ¿eh? Pues la vas a tener, cariño.
El anciano que estaba sentado ante el volante, vuelta la cabeza hacia ella, sonrió pero de un modo raro, como si tuviese dificultad en los músculos faciales o... Si, como si le doliese el estómago.
—¿Cuánto cobras? —quiso saber.
—Oh, nos entenderemos bien, no te preocupes, abuelito... Nadie queda descontento de Antonella.
La sonrisa del anciano parecía conseguida a la fuerza en un rostro de goma.
—Estoy seguro de eso —dijo siempre ronca la voz—, Pero no se trata de un rato, sino de toda la noche.
Antonella abrió mucho los ojos, y luego se echó a reír.
¡Siempre había algo que aprender nuevo en la Vía Apia! ¡Vaya con el abuelito!
—¿Toda la noche? Bueno, bueno, bueno... Ya veremos eso, amor mío. Anda, vámonos de aquí. Iremos a...
—Me gustaría que fuésemos a mi chalet —dijo él—. Te pagaré bien...
—¿Y cuánto es bien? — preguntó Antonella.
—No sé... Tú dirás.
—Lo iremos discutiendo por el camino. ¿Dónde está tu chalet?
—En Lido di Ostia.
—¿Delante del mar?
—Si... Sí.
—¡Pero qué me dices...! Eres un viejecito pícaro: te las has arreglado para que tu familia te deje solo en el chalet y has aprovechado la ocasión, ¿no es eso? —el coche estaba ya en marcha—. Bueno, pues no será Antonella quien le fastidie la fiesta a un abuelo tan encantador, te aseguro que seremos muy, muy, muy amigos... ¿Cómo te llamas?
—Enrico...
—Pues yo, ya lo sabes: Antonella. ¡Y no estés nervioso! —volvió a reír —. Sé muy bien todo lo que puedes pedirme, y seré muy complaciente. ¿Tienes un cigarrillo?
—No... no fumo.
—Entonces, fumaré del mío —volvió a reír Antonella.
Siempre igual, intentando conseguir lo máximo posible, aunque sólo fuese un cigarrillo. Pero con aquel anciano no valía la pena. Estaba segura de que le iba a sacar todo lo que quisiera. Encendió el cigarrillo, y miró por la ventanilla, sonriente..., aunque pensando que sí, que había llegado el momento definitivo de retirarse. Cuando a una empiezan a llamarla los viejos...
—O sea —dijo, pensando en el chalet en Lido di Ostia—, que eres un muchachito con dinero, ¿verdad?

—No mucho — dijo Enrico.
—Bueno, ya veremos eso... Supongo que me pagarás mañana el viaje de vuelta a
Roma.
—Sí... Sí, claro.
—En taxi.

—Si, en taxi.
—Eres todo un caballero. Y vas a quedar muy contento.
Acarició a Enrico, que respingó y estuvo a punto de perder el control del coche. Antonella se echó a reír como hacía mucho tiempo que no reía. ¿A que incluso se iba a divertir aquella noche?
Estaban ya en Via Tito Omoboni. Muy pronto llegaron a Via Cristóforo Colombo, que siguieron hasta el final, y poco después rodaban ya por la autopista, hacia Lido di Ostia. Antonella miraba de reojo de cuando en cuando a Enrico, comprendiendo que él no tenía ganas de hablar. Bueno, tanto mejor. Ser simpática también requería su pequeño esfuerzo, así que si se lo aliviaban, pues eso: tanto mejor.
El anciano conducía muy bien, sin prisas pero sin pausas, como suele decirse. Aunque de todos modos, la velocidad era considerable. A lo mejor, pensó Antonella, sí que tenía prisa... Era una hermosa noche de septiembre, llena de estrellas. No es que hiciese calor, pero tampoco frío. La temperatura ideal...
Antonella se sumió, sin darse cuenta, en pensamientos sobre su vida y sus proyectos. Incluso llegó a olvidarse que iba en un coche, camino de Lido di Ostia, con un anciano. Sólo pensaba en ella y en sus proyectos para cuando se retirase... muy pronto. Sí, muy pronto. Desde luego, no compraría la tiendecita en el Trastevere. Allí, todos la conocían, y sabían muy bien a qué se dedicaba. No... La comprarla más hacia el centro de Roma, en un sitio no elegante, porque conocía muy bien sus limitaciones personales y económicas, pero si en un sitio agradable. Eso era: un sitio agradable, donde pudiese empezar de nuevo con ciertas probabilidades de...
Se dio cuenta de que el coche estaba perdiendo velocidad, y «despertó». Parpadeó, mirando las luces que habían ante ella.
—¿Qué pasa? — preguntó.
—Nada.
—¿Vas a parar aquí? Esto no es Lido di Ostia.
—No... Es Ostia. Pero conozco un camino que nos ahorrará tiempo.
—Ah.
Decididamente, el anciano tenía prisa. Pasaron rodeando Ostia, y poco después rodaban por un camino que a Antonella le pareció tan incómodo que no valía la pena ahorrarse algunos kilómetros... A los lados ya no había luces. Sólo distinguía las formas de árboles, y árboles, y árboles...
—Me parece que te has complicado la vida, abuelito —rió.
—Quizá tengas razón —dijo él, con la voz más ronca que nunca, comenzando a frenar—. Será mejor que eche un vistazo al mapa.
Frenó, y Antonella se lo quedó mirando con sorna. Bueno, sólo se trataba de tener paciencia y ser amable, cosas ambas que estaban perfectamente a su alcance.

—¿Dónde tienes el mapa? —preguntó, adelantando ya la mano hacia el salpicadero—. Enciende la luz y... ¡Ay! ¿Qué haces?
El anciano había adelantado una mano hacia ella, y Antonella, que esperaba otra cosa, notó el pinchazo en el cuello. Lanzó el quejido, y preguntó qué sucedía mientras miraba al anciano entre sorprendida e irritada. Más irritada que sorprendida, porque simultáneamente comenzaba a pensar que, una vez más, se las había topado con un «especial» con uno de esos clientes que nunca quieren nada normal, que siempre piden cosas raras. Si era así, le iba a pedir...
En realidad, Antonella tuvo muy poco tiempo para pensar, porque la droga era fulminante o poco menos. Notó la súbita pesadez en los ojos, el dulce sopor imposible de vencer... No tuvo tiempo de nada, prácticamente. Cayó de lado, hacia el anciano, que se quedó inmóvil, rígido, tenso. A la luz de las estrellas se veía el blanco resplandor de su rostro arrugado. Durante unos segundos, la inmovilidad fue absoluta en ambos, el hombre como alucinado. Antonella dormida dulcemente apoyándose en el hombro masculino.
Afuera se oía el chirriar de algunos grillos.
Por fin, Enrico se movió. Empujó a Antonella hasta que ésta quedó sentada en su asiento sin apoyo alguno, y salió del coche. Pasó al asiento de atrás, donde estaba la maleta, la abrió, y se quedó mirando su contenido unos segundos, inmóvil; por fin, movió en gesto negativo la cabeza.
«Sería muy complicado», pensó.
Cerró la maleta que contenía lo que necesitaba, la sacó del coche, y la metió en el portamaletas. Luego, volvió al asiento de atrás, asió a Antonella por los sobacos, y tiró de ella..., con un resultado decepcionante: apenas la movió.
Verdaderamente. Antonella tenía muchas carnes. Quizá debió elegir otra más delgadita, pero aquella era la que había visto más apartada de las otras, y, además, su aspecto no podía ser más saludable y prometedor. Y desde luego, tenía que pasaría al asiento de atrás, fuese como fuese.
Le llevó casi cinco minutos de esfuerzos tales, que acabó sudando copiosamente. Pero consiguió tirar a Antonella por encima del respaldo, al asiento de atrás. Es decir, quedó entre el asiento de atrás y el respaldo de los asientos delanteros. Mejor. Del portamaletas sacó una manta de viaje, con la que cubrió el cuerpo de Antonella. Nadie podría ver nada allí, aunque cruzase toda Roma.
Se puso de nuevo ante el volante, se pasó las manos por el rígido rostro lleno de sudor, y se las secó en los pantalones.
Luego, el señor profesor se dispuso a emprender el regreso a la granja de Gino Testa.

* * *

Llegó con las luces apagadas, y el motor en segunda, muy suave, sosteniendo una marcha media prácticamente silenciosa. Lo hizo tan bien que posiblemente habría engañado a Gino. Pero allí había alguien que tenía el oído mucho más fino que el del buen Gino: el pequeño «Baffi» comenzó a ladrar, dentro de la casa.

—Maldito perro...

Quedó inmóvil ante el volante, tenso, con la esperanza de que si Gino despertaba se limitase a hacer callar a «Baffi», sin interesarse por lo que pudiese estar ocurriendo fuera, había parado en seguida el motor, de modo que ola aún más claramente los ladridos agudos del pequeño can. Y su esperanza de que Gino no se interesase por el asunto se esfumó bien pronto, cuando se encendió una luz, oyó los ladridos más cerca de la puerta, y oyó como distante, la voz de Gino, hablando a «Baffi» con cariñoso reproche.

Y segundos después, la puerca se abrió. Gino apareció en el portón, cubierto solamente por sus viejos calzoncillos amarillentos, y «Baffi» salió disparado hacia el coche, sin dejar de ladrar.

Estremeciéndose al ver el extraño torso contrahecho y pasmosamente musculado de Gino, el señor profesor dijo, en voz lo bastante alta:

—Soy yo. Gino.

Gino salió de la casa, y se acercó al coche. La luz le llegaba por detrás, de modo que el profesor no podía ver su rostro, su expresión.

—*Signore* —exclamó Gino . ¿Qué ocurre?

—No ocurre nada. Simplemente, que he regresado... ¡Haz callar a «Baffi, por favor!

—«Baffi» —llamó Gino—. ¡Ven aquí! Es el señor profesor, ¿no lo ves? ¡Calla. «Baffi»! Pero el perrito seguía ladrando, clavado al suelo ante la portezuela izquierda de atrás.

Gino se acercó a él, lo tomó en brazos, y le riñó cariñosamente.

—Te estás portando muy mal, ¿sabes? Cuando yo te diga que calles, tienes que callar. Y no molestes más porque el señor profesor traiga cobayas en el coche: no son para comer.... y tú no puedes comer aún conejos. Tus dientes...

El profesor había salido del coche, y no sabía como arreglárselas para apartar de allí a Gino, que de ninguna manera parecía enfadado con «Baffi», por supuesto. En aquel momento, apareció la señora en la puerta, todavía poniéndose una bata, caminando con pasitos aún más vacilantes que de costumbre, soñolienta.

—¿Qué? Ah...

Se acercó a ellos, y el profesor repitió:

—Soy yo. He vuelto.

—Pero..., ¿qué hora es?

—No sé... Las dos.
—Qué horas de volver... ¿Qué le pasa a «Baffi»?
—Me parece que quiere comerse una cobaya —dijo riendo el buen Gino—. Pero no se lo vamos a permitir. ¿Me oyes, «Baffi»? las cobayas no son para comer, aunque a ti te parezcan conejos. Mañana iremos a buscar conejos, y así los conocerás bien... Y si cazamos alguno, te daré un pedazo, a ver si puedes con él... Los conejos son malos, porque se comen mis zanahorias, y todo lo demás... Te enseñaré como son. Y mira, las cobayas son estas...
Gino abrió la puerta con una mano, sosteniendo en la otra a «Baffi.
—No hay nada —respingó el profesor—. ¡No he traído cobayas, Gino! Ve a dormir, no hay nada...
Gino estaba parpadeando, sorprendido, porque, en efecto, en el asiento de atrás no había nada. Y «Baffi» seguía ladrando, aún con más fuerza. Gino vio el bulto cubierto con la manta, entre los dos asientos, y comprendió que aquello era lo que hacía ladrar de aquel modo a «Baffi».
El profesor no pudo impedir que Gino asiese la manta y la sacase del coche, no pudo reaccionar a tiempo. Cuando se dio cuenta, la manta colgaba de una mano de Gino, y la luz que llegaba de la casa iluminaba lo suficiente a Antonella para que Gino no pudiese tener la menor duda sobre qué era «aquello». También la señora la vio, lanzó un respingo, y quedó inmóvil, mirando al profesor con los ojos muy abiertos...
—Es una mujer —dijo Gino.
—Sí... Sí, sí, yo... yo la encontré por el camino... Estaba así, y me pareció que había tenido un accidente... La he traído a la casa para ver si podemos ayudarla...
La señora gimió, se llevó las manos al rostro, se estremeció. Luego, dio media vuelta, y corrió hacia la casa, desapareciendo en su interior. Gino estaba entre desconcertado y asustado, y «Baffi» seguía ladrando. Gino terminó por dejarlo en el suelo, y dijo:
—Sí, vamos a ayudarla... La llevaré a la casa.
El profesor estaba como paralizado. Ni siquiera reaccionó con la rapidez necesaria cuando Gino se dispuso a sacar a Antonella del coche, así que, cuando vino a darse cuenta, la rolliza paseante de Vía Apia estaba ya fuera, en los increíblemente fuertes brazos de Gino, que se volvía ya hacia la casa...
—No —reaccionó el profesor—. Llévala al laboratorio. Allí tengo cosas para cuidarla, Gino.
—Sí... Es verdad.
Seguidos por el escandaloso «Baffi», se dirigieron hacia la casa, Gino por delante. Caminando tras él, angustiado, el profesor no pudo evitar el pensamiento de que Gino pared a un gorila transportando una

víctima: contrahecho, cojo, tuerto» desgreñado, mostrando sus cortas piernas peludísimas, el pobre y bondadoso Gino podía matar a Antonella del susto si ella despertaba en aquel momento.
Pero no. No. Antonella tardada en despertar varias horas... Es decir...
Gino se había detenido ante la puerta exterior del laboratorio y el profesor respingó, y se apresuró a abrirla, sacando la llave, que siempre llevaba colgada del cuello por una cadenita. No quería que nadie entrase nunca allí, y menos, cuando él no estaba.
Abrió la puerta, encendió la luz, y Gino entró, mirando a todos lados...
—En esa mesa — dijo el profesor.
Gino la dejó allí y se quedó mirando a Antonella. Por su ojo pasó un extraño destello, como un cegador relámpago. Junto a él, «Baffi» seguía ladrando.
—Está bien —dijo el profesor—. Gracias, Gino. Ya puedes marcharte. ¡Y haz que «Baffi» calle de una vez!
—Sí. Le voy a enseñar a callar, señor profesor.
—Eso es. Vuelve a la cama. Yo atenderé a esta mujer.
—Sí...
Gino dirigió otra mirada relampagueante al rollizo y saludable cuerpo de Antonella, vaciló, pero acabó por dirigirse hacia la puerta, después de cocer a «Baffi». El profesor fue tras él, y cerró la puerta con llave, volvió ante Antonella, y se quedó mirándola.
La noche era fresca allí, y naturalmente, la estufa no estaba encendida. Sin embargo, el profesor notaba el sudor deslizándose por sus sienes.
«Lo voy a hacer —se dijo—. Sí, tengo que hacerlo.»
Pero no se movía. Tenía todos los cálculos hechos, sabía exactamente lo que tenía que hacer, pero no lo hacía. De pronto, sacudió la cabeza, se estremeció, y miró a su alrededor. La maleta... la había dejado afuera.
Fue a por ella, volvió a cerrar con llave, y llevó la maleta a otra mesa. La abrió y se quedó mirando los aparatos que había llevado consigo, pensando que podría hacer «aquello» en cualquier sitio. Desde luego, era mejor hacerlo allí... Le temblaban las manos, pero en menos de diez minutos lo tuvo todo preparado. Era como si se dispusiese a tomar sangre de Antonella para hacer una transfusión a otra persona. Sólo que no existía tal persona receptora de sangre, sino un recipiente al cual irla a parar toda la sangre que le extrajese a la mujer. Toda la sangre...
Toda la sangre de Antonella.
La necesitaba toda.
Y puso manos a la obra.
A medida que el recipiente se iba llenando de sangre, Antonella iba perdiendo el color. Cada vez estaba más pálida, y su respiración era

más y más lenta, más y más débil.
Finalmente, Antonella dejó de respirar. Estaba muy, muy blanca; muy, muy, muy lívida. Parecía de mármol. Sus facciones se habían afilado, y relucían de un modo escalofriante, como si fuesen de cera. Sí, era como una rolliza muñeca de cera..., que muy pronto se iría deshinchando, como consumiendo. Estaba muerta, y en sus venas no quedaba ni una sola gota de sangre, que había pasado al recipiente.
Así que el señor profesor ya tenía la sangre que necesitaba. La extractarla, la inyectaría luego en su plasma, y. finalmente, habría conseguido obtener el «Vivere». Todo eso le llevaría bastante trabajo, varias horas de tiempo.
Pero no importaba.
No importaba, porque tenía ante él una larga y hermosa juventud... prácticamente eterna.

CAPÍTULO IV

La señora le oyó llegar, y le vio entrar en el dormitorio. Debía faltar muy poco para el amanecer.

Lo miró con los ojos muy abiertos, esperando verlo más alto, erguido, pero no era así. El llegó junto a la cama, y se sentó en el borde. No había encendido la luz.

—¿Estás despierta? —susurró.

—Si —susurró ella.

—Ya lo tengo —dijo él—. Lo he conseguido. Traigo dos jeringuillas llenas, dos dosis.

—¿Y esa mujer?

—Está en el laboratorio.

—Sí, pero lo que yo pregunto...

—¿Por qué tienes que preguntar nada? Tengo dos dosis, una para cada uno. ¿Quieres o no?

La señora no contestó. Se limitó a cerrar los ojos, pero supo que él había encendido la luz de la mesilla de noche. Le oía moverse. Luego, notó que él le cogía el brazo... No sabía si quería o no quería aquello, pero se senda incapaz de moverse. Ni siquiera pudo hacerlo cuando notó el filo roce del algodón empapado en alcohol en su brazo. Estaba como paralizada... Sólo reaccionó cuando notó el pinchazo.

Abrió entonces los ojos, y vio a su marido inclinado sobre ella, inyectándole el «Vivere», aquel liquido que parecía sangre y que estaba hecho con sangre. El terminó, retiró la jeringuilla, y poco después se inyectaba a sí mismo la otra dosis. Luego, dejó las cosas sobre la mesilla de noche, y volvió a sentarse en el borde de la cama.

Había ahora en los ojos de la señora una expresión de horror. ¿Cómo podía esperar que aquello saliese bien? ¿Cómo podía ser cierto que inyectándose aquello pudieran rejuvenecer? Imposible... Eso no podía suceder nunca.

Pero sucedió.

Ella no notaba nada, pero muy pronto comenzó a ver el cambio que se iba operando en su marido.

Lo primero que comenzó a ocurrir fue que los blancos cabellos del profesor se oscurecieron. Paralizada, la señora los estuvo viendo perfectamente mientras se iban oscureciendo. Lo estaba viendo con sus propios ojos. Si, los cabellos de él iban oscureciéndose, como si su blancura estuviese siendo enturbiada por algo invisible, muy despacio. Luego, siempre lentamente, las arrugas del profesor fueron desapareciendo de su rostro. La señora le miró las manos, que le parecieron más tersas, más fuertes, más juveniles. Cuando volvió a mirar el rostro de él, se sobresaltó, pues el cambio era cada vez más rápido...

Allí, ante sus desorbitados ojos, el profesor iba rejuveneciendo cada vez más rápidamente. Fue un proceso increíble, alucinante. En menos de cinco minutos después de haber comenzado, el señor profesor se fue irguiendo, pared a ensancharse, crecer... Hasta que el proceso se detuvo.
Para entonces, la señora tenía sentado en el borde de su lecho a un hombre que no aparentaba más de treinta y cinco años. No podía hablar, no podía moverse. Algo extraño estaba sucediendo en su mente: era como si todos aquellos años pasados junto a aquel hombre, envejeciendo con él, no hubiesen existido. Era como si, de pronto, se encontrase de nuevo en el momento en que había conocido al atractivo, interesante, apuesto profesor, justo en el momento en que se lo habían presentado aquellos amigos, en Portofino, durante aquel verano que fue tan hermoso...
—Querida —sonrió él—, estás bellísima.
La anciana movió los labios, pero no pudo hablar. Quiso moverse, y tampoco lo consiguió. ¿Estaba bellísima? ¡Eso quería decir que ella también! El profesor la tomó de las manos, y la ayudó a incorporarse, y a salir del lecho. La señora fue conducida ante el espejo de su tocador. Cuando miró allí, todo su cuerpo sufrió una fuerte sacudida. ¡Qué hermosa pareja! Y al mismo tiempo, se se dijo que era como contemplar una vieja fotografía. Comenzó a mover las manos, y la hermosa mujer del espejo hizo lo mismo, subiéndolas. Cuando las miró, las vio tersas, finas, hermosas. Y las llevó a su rostro, volviendo a mirar aquella imagen, que estaba haciendo exactamente lo mismo. Sí, aquella hermosa mujer de treinta años de cabellos rubios y boca grande y sensual estaba haciendo lo mismo que ella...
—Dios mío... ¡Dios mío!
—Según parece —sonrió el apuesto científico que tenía a su lado—, he acertado con la medida justa de la dosis: no me habría gustado que hubiésemos vuelto a la niñez. ¿No te parece que así estamos bien?
—Dios mío...
El la hizo girar, la abrazó por la cintura, acarició su espalda, la apretó contra su pecho y la besó. La señora alzó los brazos hacia el cuello de su marido, y correspondió al beso, había un poderoso calor en su cuerpo. Y las manos de él eran fuertes, y sus labios estaban ávidos de los de ella, lo notaba. Una gran laxitud se fue apoderando de la señora. Casi no sentía su cuerpo, parecía flotar.
Él le quitó el cerrado camisón, y se quedó mirándola con ojos ardientes.
—La vida vuelve a empezar —dijo con voz ronca.

* * *

—Entonces..., ¿ella está muerta? —preguntó la señora.
—Sí. ¿Te importa?
La señora miró hacia la ventana, donde ya se veía la luz del sol. Amanecía de nuevo. Un amanecer como todos..., para todo el mundo, pero no para ellos. Se oía el piar de algunos pájaros, el cielo era intensamente azul, el sol dorado y fulgurante.
—No —dijo impetuosamente—. ¡No me importa en absoluto!
—Tampoco a mi — rió él —. Sólo importamos tú y yo. Nadie más.
Ella se colocó de lado, y miró el pecho de su marido, musculado, vigoroso.
—¿Qué haremos? ¿Qué haremos ahora?
—No lo sé. Tendremos que pensar en ello.
—¿Vas a publicar tu descubrimiento?
El señor profesor frunció el ceño, y estuvo unos segundos pensativo. Por fin, dijo:
—¿Por qué tengo que hacerlo?

—¿Cómo? —se sorprendió ella.
—¿Por qué demonios tengo que decirle a nadie lo que he descubierto?
—Pero... has estado catorce años trabajando para esto... El Premio Nobel...
—El Premio Nobel puede esperar.
—¿Esperar? Pero... |No te entiendo!
El profesor también se volvió hacia ella, y deslizó una de sus manos por los tersos y pujantes senos de su esposa.
—Me parece querida, que no te das cuenta exacta de lo que hemos conseguido: podemos ser las personas más ricas el mundo. Y no lo seríamos si yo presentase mi trabajo con vistas a la obtención del Premio Nobel.
—Pero tenemos ya mucho dinero...
—Podemos tener mucho, muchísimo más. ¿No lo entiendes? ¡El mundo es nuestro! Si presento mi trabajo, pasará a ser del dominio público. Si me lo reservo, si lo mantengo en secreto, llegaremos a ser tan ricos y poderosos que nadie podrá igualarnos. ¿Te imaginas lo que me ofrecerían los hombres más ricos y poderosos del mundo por rejuvenecer veinte, treinta o cuarenta años? Me lo ofrecerían todo: títulos, riquezas, poder... Podemos tener el mundo en nuestras manos. Podemos... gozar como nadie de la vida, de esta vida que ha vuelto a empezar. Solamente yo dispondría de ese secreto, y solamente tú y yo podríamos volver a ser jóvenes una y otra vez, a voluntad nuestra. Una vida tras otra, cada vez más plena, más dichosa... ¿Lo entiendes?
—Creo... creo que sí. Si, lo entiendo.
—Bien. No tenemos prisa ya. Ninguna prisa. He dedicado catorce años de mi vida... y de la tuya, a un trabajo. He llegado al final, el éxito. He conseguido lo que quería, en el terreno científico. Y ahora me pregunto: ¿qué quiero de la vida? Nos iremos haciendo esta pregunta los dos... Hasta que encontremos una respuesta. Hasta entonces, viviremos. Hay sol, aire, vida, ahí fuera. La disfrutaremos, pensaremos... ¿No hay nada que quisieras hacer ahora mismo? ¿O mañana?
La señora reflexionó, sonriendo.
—Me gustaría ir unos cuantos días a París.
—Muy bien. Iremos a París... Y será hoy mismo. Es decir, no sé... No quisiera utilizar nuestros verdaderos nombres. Supongo que en algún momento algunas personas quedarían muy sorprendidas.
—¿Cómo arreglamos eso?
—Conseguiré unos pasaportes falsos. Me las arreglaré. Mientras tanto, tenemos toda Italia a nuestra disposición... ¿Por dónde empezamos?

—¿Y si fuésemos... a Portofino? —sugirió ella, muy brillantes los ojos.
—Iremos a Portofino —aceptó él, besándola en la boca.
—¿Cuándo?
—¿Te parece que partamos hoy?
—Si... ¡Oh, sí, sí, sí!
—Entonces, ¿qué estamos esperando?
La volvió a besar, y saltó ágilmente del lecho. Ella le imitó, riendo, pero de pronto su sonrisa quedó helada.
—¡Gino! —exclamó— ¡No vamos a poder evitar que Gino nos vea!

—¿Y qué? El ya sabe lo que he estado intentando... Quizá lo haga participe de esta eterna juventud. Quizá. De todos modos, él no dirá nada a nadie nunca. Es como un perro fiel, somos las únicas personas en el mundo que lo aceptamos.
—Quizá. Pero, ¿qué ganarías rejuveneciendo a ese... ese monstruo?
—Supongo que nada —reflexionó el profesor—. Quizá tengas razón. Quizá convendría más... que Gino no pudiese decirle nada a nadie. Ahora soy más joven que él, y hasta es posible que tan fuerte como él.
—¿Qué quieres decir? —palideció la señora.
—Me ocuparé de Gino debidamente. Puedo inyectarle por sorpresa la misma droga que a la prostituta, y entonces será fácil todo. ¿Te parece bien?
—Sí —asintió fríamente ella.
—Voy al laboratorio a prepararlo todo.
Salió del dormitorio, cruzó la casa, y entró en el laboratorio. Sí, eso haría: dormiría a
Gino, y entonces sería muy fácil matarlo...
Al entrar vio el cadáver de Antonella, sobre la mesa. Parecía una estatua de cera. Frunció el ceño. No sentía remordimiento alguno. Sólo le preocupaba qué iba a hacer con aquel cuerpo, pero dejó este problema para otro momento. Llenó con la droga somnífera la misma jeringuilla que había utilizado con Antonella, la escondió en la palma de la mano, y salió del laboratorio, por la puerta que daba directamente al exterior.
—¡Gino! —llamó—. ¡GINOOOOO!
Su voz, clara y fuerte, pareció rebotar en el silencio del lugar. Volvió a llamarlo, al no obtener respuesta, pero Gino no aparecía por parte alguna. En la puerta de la casa estaba su mujer, expectante. El profesor encogió los hombros, y le hizo señas para que se acercase.
—¿Dónde debe estar? —llegó preguntando ella.
—No sé. Quizá haya ido con «Baffi» por ahí, en busca de conejos, para que el perro vea la diferencia que tienen con las cobayas. Ya sabes que Gino se levanta con el sol... Vamos a prepararlo todo para la marcha mientras esperamos su regreso.
Entraron los dos en el laboratorio, y la señora respingó al ver el cadáver de Antonella.
—¡Gino la verá! —se asustó.
—No —sonrió él—. Ya sé lo que haremos con ella. Gino no la verá..., ni la verá nunca nadie más.
Fue a la estantería donde tenía la reserva del «*Vivere*» puro, sin el extracto de sangre, y cargó una jeringuilla. Luego, inyectó el líquido al cadáver, que, apenas cinco minutos, después, comenzó a corromperse. La señora retrocedió un paso, lívida de horror, y se tapó la nariz y la boca cuando el hedor a muerte pareció golpearla. Al

parecer, el proceso era muchísimo más rápido en un cadáver que en un ser vivo, porque Antonella quedó muy pronto convertida en una simple mancha de polvo sobre la mesa. Pero antes, se había putrefactado, y los dos pudieron incluso apreciar la nueva materia agusanada que se formó brevísimamente en sus restos todavía carnales. Luego, aparecieron los huesos, que se fueron convirtiendo en polvo. Lo último fue el cráneo, cuando el profesor lo tocó con un dedo.

Nada.

Simple polvo.

Antonella, ciertamente, jamás tendría su perfumería en un barrio agradable de Roma. El profesor recogió aquel polvo en un recipiente, y luego lo tiró por el desagüe de la pileta. Lavó el recipiente, y lo colocó en su sitio.
Nada.
Ya, ni siquiera polvo.
—Es... es horrible —jadeó por fin la señora—. ¡Es horrible! El encogió los hombros.
—Haremos lo mismo con Gino. Mientras lo esperamos, vamos a hacer el equipaje.
—Pero... si lo matamos, tarde o temprano alguien notará su falta, se interesarán por él..., y nos buscarán a nosotros para hacemos preguntas.
—¿Nos buscarán? Muy bien... ¿Crees que nos encontrarán? Vamos, vamos, querida... Buscarán al anciano profesor y a su esposa. ¿Te parece que podrán relacionamos con ellos..., es decir, con nosotros mismos? De momento utilizaremos otros nombres, Mmmm... ¿Qué te parece... el matrimonio De Santi? Si... Enrico y Elsa De Santi. ¿Qué tenemos que ver nosotros con dos ancianos?
—Nada —sonrió ella—. ¡Absolutamente nada! Y fueron a preparar las cosas para la marcha.

* * *

A las diez de la mañana, Gino no había regresado con «Baffi». Ni a las once. Ni a las doce, ni a la una. ni a las dos...
—No vamos a esperar más —dijo de pronto el profesor—.
—¿Y Gino?
Enrico De Santi reflexionó brevemente.
—Si nos vamos sin decirle nada, es posible que se preocupe por nosotros, y que vaya en busca de los carabinieri... Les hablaría de la mujer que traje anoche a la casa, y eso podría complicar las cosas sin necesidad. Le voy a dejar una nota...
—¡Pero Gino no sabe leer!
—Su vecino Pierino se la leerá. El de la vaca. Sí, es lo mejor: le dejaré una nota para que no se inquiete ni dé importancia a nuestra ausencia ni a la mujer que vio anoche.
Pocos minutos después, la nota estaba redactada:

> *«Gino:*
> *»La señora y yo vamos a llevar a Frascati a la joven que encontré anoche en la carretera. Ya se encuentra bien, y en Frascati tomará un autobús para regresar a su casa. Nosotros vamos a estar fuera unos días, porque dejé unos asuntos pendientes en Roma, y quizá hasta tengamos que permanecer*

allí varios días. No te preocupes, y cuídate mucho.
»Hasta pronto, recibe nuestro afecto.

»El profesor.»

—No creo que me diesen el Premio Nobel por mi talento literario —sonrió Enrico De Santi—. pero así está bien. Vámonos. Con esto quedará tranquilo, y cuando volvamos no sospechará que sólo lo hacemos para matarlo.
—¿Y si mientras tanto habla con alguien del «*Vivere*»?

—Nunca habla con nadie. ¿Por qué iba a hacerlo ahora precisamente?
—Si va a llevarle la nota a Pierino para que se la lea, es posible que comente algo.
—No. Si acaso, hablará de la mujer que vio: con eso, dos sujetos como Gino y Pierino tienen tema más que suficiente... Todo está en orden, vámonos.
—Lo que tú digas... ¡Las cobayas! Has cerrado el laboratorio, y Gino no podrá darles comida... Si tardamos mucho se morirán de hambre...
—¡Que se vayan al demonio! —exclamó el profesor, radiante de alegría—. Ya no las necesito para nada, malditas sean.
Y se fueron.
Pero el señor profesor hizo muy mal al considerar que ya no le interesaban para nada las cobayas.
Especialmente, debió prestar mucha, muchísima atención, a las dos que habían rejuvenecido tres días antes.
Mucha, muchísima atención.

CAPÍTULO V

Con el dinero en efectivo que llevaban encima, en Roma compraron aquella tarde todo un equipo más adecuado a su nueva edad y figura. Luego, se instalaron en un pequeño apartamento.de su propiedad y fueron antes de la cena a ver coches. Eligieron un modelo, y, a la mañana siguiente, lo fueron a comprar. Elsa De Santi fue al banco a retirar el dinero del cheque firmado por el profesor, y, pese a que la cantidad retirada era de diez millones de liras, no hubo el menor inconveniente, con toda lógica.
Así pues, unas treinta horas después de haber regresado a la juventud. Enrico y Elsa De Santi se encontraron con que la vida se les ofrecía en todo su esplendor. Tenían un hermoso coche, equipo nuevo, siete millones de liras en efectivo... y muchos años por delante. El Premio Nobel podía esperar.
Fueron a Portofino, en coche, recorriendo la costa: Civitavecchia, Orbetello, Follonica, Livorno. Viareggio, La Spezia... Invirtieron dos días en el viaje, sin prisas, gozando del sol, del mar, de la velocidad del coche, de comidas que hacía años habían tenido que suprimir. Y de su amor... Un amor ardiente, vivido con la intensidad de quien creía haber perdido ya para siempre ese goce humano, y. de pronto vuelve a tenerlo a su disposición. Durante aquellos dos días, ambos vivieron más que en los últimos dos años.
En Portofino se encontraron con un pequeño inconveniente: no tenían documentación adecuada, de modo que tuvieron que renunciar a instalarse en un hotel. Pero no había problema que siete millones de liras no pudiesen resolver, por lo que, sin más complicaciones, alquilaron una pequeña villa junto al mar. Y allí, en Portofino, con el mar ante ellos, decidieron pasar unos días haciendo proyectos firmes para el hermoso futuro.
La temperatura era buena en septiembre. Pudieron nadar y tomar el sol, se divirtieron en salas nocturnas de ambiente típico, bebieron «Chianti», champaña francés; caviar y salmón fueron dos platos inexcusables en sus comidas. Y spaghetti, porque sus estómagos lo admitían todo. Bailaron, rieron, se amaron... El dinero se iba como agua en un cesto, pero no importaba: tenían mucho más, y aún tendrían muchísimo más cuando Enrico comenzase a hacer su extraordinaria oferta a los hombres más ricas del mundo.
¿Cuánto podía pedirle a un viejo rey por rejuvenecerlo treinta años? ¿Cuánto? La respuesta era muy sencilla: todo lo que quisiera.
—Solamente tienes que ponerte en lugar de ese rey o reina —decía sonriendo Enrico—. Imagina que tienes ochenta años y que alguien te dice que puedes regresarte a los treinta... ¿Cuánto le pagarías?
—Todo lo que tuviese —sonreía también ella.

—Esa es la respuesta. Tendremos todo lo que queramos... Absolutamente todo.

Al amanecer del séptimo día, todavía de noche, Elsa De Santi despertó, y en seguida se dio cuenta de que tenía molestias en el estómago. Se quedó mirando el techo, cuya blan- cura destacaba en el lívido amanecer, casi azulado todavía.

—Anoche bebí demasiado champaña —se reprochó.

Sí, era la acidez del champaña lo que estaba sintiendo. Salió de la cama, sigilosamente, para no despenar a Enrico. Sin encender la luz, comenzó a caminar hacia el cuarto de baño, dispuesta a tomar algo que la aliviase. Si no recordaba mal, tenía allí algunas abletas de digestinas, que había comprado hacía dos días, cuando Enrico comió demasiados espaghetti...

Con paso no muy fírme, entró en el cuarto de baño, cerró la puerta, y encendió la luz. Fue al armarillo, encontró el tubo de digestinas, y se echó una en la mano. Se colocó ante el lavabo, abrió el grifo del agua fría, tomó un vaso de la repisa, y, mientras lo llenaba, se miró al espejo.

Su rostro se distorsionó en una horrenda mueca de espanto. Su boca se abrió, sus ojos se desorbitaron, todas las facciones sufrieron una sacudida increíble, incluso dolorosa. El vaso había escapado de sus dedos, rompiéndose, y luego, durante unos segundos, sólo se oyó el rumor del agua cayendo en el lavabo.

De pronto, Elsa De Santi recuperó el aliento.

—¡ENRICOOOOO! —aulló.

Y siguió gritando, aullando, temblando violentamente, delante del espejo, que le devolvía la imagen de su cuerpo y su rostro, implacable: la imagen de una mujer de no menos de cincuenta años.

—¡ENRICOOOOOOOOOO!

La puerta del cuarto de baño se abrió violentamente, y Enrico De Santi apareció, desencajado el rostro por el sobresalto.

—¿Qué? —empezó.

Se dio cuenta en seguida y quedó como si lo hubiese fulminado un rayo. Durante unos segundos, mientras su mujer gritaba y lloraba a la vez, Enrico De Santi permaneció en la puerta, petrificado, demudado, contemplando no a la mujer hermosa de treinta años, sino a la mujer adecuadamente madura y perceptiblemente ajada de cincuenta.

Reaccionó bruscamente, saltando hacia donde estaba ella, y se miró al espejo. Lógico.

El hombre en pijama que vio allí aparentaba entre cincuenta y cinco y sesenta años.

—No... ¡No, no, no! ¡NOOOOO!

—Enrico —gemía su mujer—. ¡Enrico, Enrico, Enrico!

—Cálmate —jadeó él—. Por lo que más quieras, cálmate...

—¡Soy vieja, vuelvo a ser vieja, seré tan vieja como antes! ¡No ha servido de nada, de nada, de nada!
—¡Cállate! ¡Y vístete, tenemos que marchamos de aquí, no podemos permitir que los que nos han visto antes puedan vernos así, ahora! ¡Tenemos que marchamos!
Salió corriendo del cuarto de baño, y comenzó a vestirse a toda prisa. Había terminado ya sin que Elsa regresase al dormitorio, así que fue a buscarla. Ella se estaba mirando al espejo, con el rostro bañado en lágrimas. Ya no gritaba. Simplemente, se miraba, sin dejar de llorar. Enrico la tomó suavemente de un brazo.
—Tenemos que marchamos... No llores más, yo lo arreglaré... ¡Lo arreglaré todo!
—No... No podrás... ¡Volveremos a ser dos ancianos...!
—¡Te digo que lo arreglaré! ¡Pero ahora tenemos que marchamos, antes de que sea de día! ¡Por favor, Elsa!
—¿Cómo lo arreglarás, cómo?
—¡No lo sé, pero ya encontraré! Si lo sé. Vístete.
Tuvo que empujarla fuera del cuarto de baño, y ayudarla a vestirse. Tan sólo diez minutos después, los dos estaban en el coche, en el bonito coche deportivo color cobalto, vestidos con ropas que comenzaban a venirles grandes y que, por supuesto, ya no resultaban muy adecuadas a la edad que aparentaban.
Enrico De Santi no pensó en nada. Solamente en marcharse de allí, con unos cientos de miles de liras en el bobillo. Cuando se alejaban de la casa, ella llorando sin cesar, el tono azulado del último vestigio de la noche había desaparecido; ahora había en el cielo una luminosidad dorada, anunciando la salida del sol.
Para cuando salió el sol, estaban ya a la altura de Chiavari, y ambos representaban cinco años más. Enrico De Santi iba tan aturdido, tan aterrado, que no pensó en tomar la autopista del interior hasta que. casi una hora más tarde, dejaron atrás Pietrasanta. Allí tomó el desvío, hacia Lucca. De allí, fueron hacia Florencia, donde tomaron la Autopista del Sol. Vía libre hacia Roma.
Pero..., ¿por qué iba a Roma? ¿Por qué precisamente Roma? ¿Qué esperaba encontrar allí?
Cerca de Orvieto tuvo que detenerse para poner gasolina. Para entonces, el señor profesor y la señora ya eran dignos de admiración, o, al menos, dejaron admirado a uno de los empleados de la gasolinera, que. cuando el coche hubo partido, se volvió atónito hacia un compañero.
—¿Has visto?
—SI —rió el otro—. ¡Vaya un par de momias para ese coche!
—Hombre, no tanto... pero setenta años sí que los tienen... ¡Y fíjate qué coche llevan! Setenta años... Exactamente, setenta y dos volvía a

tener el señor profesor. A su lado, la señora, aparentaba sus venerables sesenta y siete. Y no lloraba, ni se movía. Ni se miraban el uno al otro. El conducía, cada vez más prudentemente. y ella miraba al frente, sin ver nada.
Llegaron a Roma alrededor de las doce, y sólo entonces el profesor volvió a repetirse la pregunta: ¿Por qué a Roma, qué tenía que hacer allí? Detuvo el coche, y retiró las manos del volante, doloridas de tanto apretarlo. Se sentía cansado, fatigadísimo.
—Vamos a volver con Gino —suspiró—. Por fortuna, no lo matamos, así que podemos volver y...
—No quiero volver allí, ¡no quiero! ¡No quiero!
—Deja que yo me encargue de todo —atajó él, quedamente—. Por favor, querida, déjamelo todo a mí. Tengo que pensar, pero lo arreglaré todo, te lo prometo. Todo va bien.
Se estremeció al pensar en lo que habría ocurrido si hubiesen matado a Gino. En primer lugar, por supuesto, no se habrían atrevido a volver a la casa solitaria de la campiña. Y luego, cuando los hubiesen buscado los habrían encontrado, tarde o temprano... Y el laboratorio estaba allí, a su disposición. ¿Cuánto habría tardado en instalar otro laboratorio? Demasiado tiempo para la impaciencia de ambos. Y no sólo eso, sino que cuando los hubiesen encontrado les preguntarían dónde estaba Gino Testa, y por qué ellos habían abandonado aquel laboratorio para montar el otro.
—Menos mal que no lo maté... Podemos volver.
Podían volver, cierto. Pero no llevando a la casa otra mujer como Antonella, o cualquier otra persona. Gino no era tonto. No, no era tonto... Estaba convencido de ello. Simple sí, pero tonto, no. Si llevaba a otra mujer a la casa, y no la veía marcharse, empezaría a pensar. Podía haber aceptado que Antonella y ellos se fuesen de la casa cuando él no estaba, pero se sorprendería si llevaban a otra mujer dormida allá. Sí, se sorprendería y pensaría... Quizá poco y mal, pero pensaría.
—Y no puedo matarlo ahora... No sé cómo irán las cosas, quizá tenga que estudiar esto durante más tiempo... Necesito la casa, el laboratorio. Y Gino tiene que aparecer cada semana por Genzano. No sé el tiempo que tardaré en encontrar una solución definitiva... Quizá semanas, o meses. Gino podría admitir que encontrase a otra mujer en la carretera, o cualquier otra mentira, pero si tuviese que llevar a más, a varías.
Al principio se horrorizó de sí mismo cuando pensó: «¿Y qué me importa? Hay mucha sangre en el mundo.»
Pero luego, la idea fue siendo admitida, lentamente. Si, había mucha sangre en el mundo.
—¿Vamos a volver? —preguntó la señora.

Se volvió sobresaltado hacia ella, que lo miraba con expresión apagada, triste.

—Sí —dijo—. Sí, vamos a volver, pero antes tenemos que hacer algunas cosas. Si, tenía que hacerlas, si no quería que Gino sospechase nada.

—¿Qué cosas?

El señor profesor vaciló, pero finalmente tuvo que decírselo a su esposa. Esperaba, temía ver en el rostro de ella una expresión de horror, oír de sus labios una negativa rotunda, pero Elsa de Santi, ahora relucientes los ojos, replicó:

—Está bien, lo haremos.

Y apretó los delgados y marchitos labios en un gesto seco, duro, frío

Fue ella quien lo compró todo, en lugares distantes unos de otros. El profesor la dejaba cerca de la tienda elegida, se iba con el coche, y volvía a recogerla unos minutos después. En cada tienda hicieron lo mismo. En una tienda, la señora compró un gran cuchillo, que se hizo afilar; era para cortar carne, explicó innecesariamente. En otra tienda, compró un cubo de plástico, cuya cabida debía ser de unos diez litros. En otra, una gran porción de plástico fuerte, quizá del tamaño de una sábana. Compró también diez litros de alcohol y un embudo. Y finalmente, en la última tienda, cinco termos de un litro de cabida cada uno. «para sus nietecitos, que eran muy aficionado al camping».

Cuando dieron por finalizadas las compras, eran casi las siete de la tarde.

Y entonces, ya casi de noche, salieron de Roma, tomando la carretera de Avezzano y Pescara. Pero no iban en el coche deportivo, sino en el otro, en el que habían dejado con desprecio en Roma una semana antes. Un coche mucho más adecuado para dos ancianos.

CAPÍTULO VI

Carlo Bonatelli estaba de un humor pésimo, porque se le había estropeado el coche; o quizá era que se le había terminado la gasolina, cualquiera sabia. De lo que él entendía era de vinos, no de coches.
Entendía tanto de vino, que había encontrado el modo de adulterarlo con tal perfección que pasarían muchos años antes de que alguien se diese cuenta de ello. Para entonces, él ya sería millonario y podría largarse adonde le viniese en gana. Pero mientras tamo, seguía haciendo viajes, tenía que hacerlo, para seguir engañando a sus representados y a los clientes. Lo cual seguirla sucediendo por mucho tiempo, porque Carlo tenía fama de honrado, y era muy simpático. Un hombre grueso, saludable, aficionado a la buena mesa y a los buenos vinos... A los buenos, no a los que él preparaba.
Hablan pasado ya dos coches sin detenerse, y cuando vio el tercero frunció el ceño, convencido de que tampoco le harían el menor caso.
Pero no fue así. El coche se detuvo detrás del suyo, y un hombre se apeó de la parte de atrás. Al resplandor rojo de las luces de posición de su coche, Carlo vio en seguida que era un anciano. Así es la vida: hay que aprender a vivirla para tener consideraciones con el prójimo.
—¿Le ocurre algo? —preguntó el anciano, acercándose.
—Gracias a Dios que alguien me ayuda —sonrió Carlo, de aquel modo tan simpático—. No sé si tengo avería o se ha terminado la gasolina.
—Ah... Bueno, me temo que en lo de la avería no voy a poder ayudarle. En cuanto a la gasolina, tengo muy poca...
Pero puedo llevarle al próximo pueblo, y allá encontrará un mecánico, supongo.
Del mal, el menor, pensó Carlo. Y sonrió.
—Se lo agradezco mucho señor. Es usted muy amable.
—Nada de eso. Las personas tienen que ayudarse unas a otras, ¿no le parece?
A Carlo le parecía que sí. Al menos, le parecía que las personas tenían que ayudarle a él. El anciano señaló su coche, y los dos fueron hacia allí. Entraron en el asiento de atrás, y el anciano señaló a la dama que iba al volante.
—Mi esposa... Conduce ella, porque a mí me es imposible conducir de noche: me pongo demasiado nervioso.
—Lo comprendo... Carlo Bonatelli, señora: a sus pies.
—Nosotros somos los De Santi —dijo el anciano—. Vámonos ya, querida. Dejaremos al señor Bonatelli en el próximo pueblo. Y si allá no encuentra lo que necesita, en el siguiente. No podemos dejarlo

abandonado en la carretera.
—Son ustedes muy amables —repitió Carlo.
El coche de los De Santi reanudó la marcha. La anciana había sonreído a Carlo, que pensó que tenía todo el aspecto de una gran dama. Y también el señor De Santi. Gente de calidad, no había más que verlos. Carlo Bonatelli tenía muy buen olfato y mejor vista para aquellas cosas. La gente y el vino de calidad destacan inmediatamente.
—¿Van muy lejos? —preguntó.
—A Pescara.
—Ah, yo también iba allá. Tengo que recorrer la costa Adriática. Imagínense si necesito el coche... Hace tiempo que estoy pensando en comprarme uno nuevo, y después de lo de hoy tendré que decidirme. Me dedico a...
Carlo Bonatelli era un buen conversador. Seguía hablando y hablando, contando anécdotas... A su lado. Enrico De Santi le escuchaba sin oírle. Se notaba rígido y frió, y al mismo tiempo, le ocurría aquello tan extraño de tener sudor en la frente. Ella, al volante, conducía con cuidado, sin prisas, seguramente pensando cuándo se iba a decidir él.
Y tenía que decidirse pronto, si no quería llegar al próximo pueblo, donde ya no podría hacer nada. Bajo su chaqueta, el profesor notaba el frió y la dureza del cuchillo «para cortar carne». Ciertamente: ¿para qué otra cosa podía servir un cuchillo de aquellas características?
—Los vinos, hay que entender, no es una cosa que se pueda hacer sin determinados conocimientos. En mi caso, por ejemplo, si no entendiese.
—¡Hazlo ya! gritó de pronto la señora, con voz aguda.
Carlo Bonatelli se sorprendió y se sobresaltó, pero menos que el propio profesor, que sintió como una corriente de frío en todo el cuerpo. Volvió la cabeza, y vio a su pasajero con gesto atónito, mirando a Elsa.
Entonces, con una frialdad y seguridad que más adelante, al recordarla, le sorprendería, el profesor sacó el cuchillo, lo apoyó de punta donde él sabía que estaba el corazón de Carlo Bonatelli, y apretó con fuerza, con sus manos y con su propio pecho sobre el extremo del mango del cuchillo.
¡Fue tan fácil!
Increíblemente fácil. El cuchillo, tan bien afilado, penetró en las blandas carnes de Carlo Bonatelli, resbaló de punta sobre una costilla hasta encontrar la separación con otra, y se hundió profundamente, atravesando el corazón del hombre. Carlo todavía dio un bote en el asiento, pero en seguida volvió a quedar sentado, como súbitamente deshinchado, con la boca abierta y crispada, y los ojos desorbitados.

En seguida, la cabeza le cayó blandamente sobre el pecho.
—Ya está —jadeó el profesor.
Elsa sacó el coche de la carretera pocos metros más allá, mientras él sujetaba el cuchillo de modo que no saliera de la limpia herida. Los médicos saben cómo salvar vidas, pero, llegado el caso, también saben cómo matar de modo impecable.
Tras unos cuantos rebotes, el coche se detuvo. La señora paró el motor y apagó todas las luces. El silencio fue terrible; y la oscuridad, pavorosa durante los primeros segundos, hasta que se fueron acostumbrando a la luz de las estrellas y de la luna menguante.
La señora fue la primera en moverse.
—No perdamos tiempo —dijo.
Salió del coche, y abrió el portamaletas. El profesor se reunió con ella, y comenzaron a sacar las cosas, todo lo que habían comprado. En el cubo de plástico vertieron los diez litros de alcohol, con el cual lavaron la gran sábana de plástico y el embudo, desinfectándolos concienzudamente. Luego, extendieron el plástico en el suelo, y entre los dos, colocaron a Carlo Bonatelli encima, después de desnudarlo.
Después, con manos temblorosas al principio, pero cada vez más firmes, el profesor efectuó el trabajo más «delicado»: fue haciendo cortes profundos en el cuerpo de Bonatelli, en los sitios adecuados, de modo que la sangre brotaba, impetuosa, y cala sobre el plástico, cuyas cuatro esquinas mantenía en alto la señora. El descuartizamiento fue total. Finalmente el profesor fue sacando los trozos de plástico, tirándolos lo más lejos posible.
Y por último, sosteniendo entre los dos el plástico cargado con más de cinco litros de sangre, fueron vertiendo ésta en los cinco termos, utilizando el embudo. Parte de la sangre se perdió, inevitablemente, pero el profesor sabía que tenían suficiente para salir del apuro.
Los termos fueron cerrados, y todo el material recogido cuidadosamente. No podían olvidar nada allí, pues sin duda alguna la noticia aparecería un día u otro en los periódicos, cuando fuese descubierto el descuartizado cadáver; y entonces, en las tiendas donde la señora había comprado todo aquello podía surgir alguien que fuese capaz de pensar.
El profesor y la señora se marcharon de allí con los termos llenos, cuando debían ser ya más de las doce de la noche.

* * *

Inevitablemente, «Baffi oyó llegar el coche, pese a todas las precauciones. Oyeron su ladrido, pero sólo unos pocos segundos. Luego, vieron encenderse la luz, y al poco la puerta se abrió, dejando visible a Gino poniéndose la vieja chaqueta de abrigo.

—¿Quién anda ahí? preguntó mientras «Baffi» salía disparado hacia el coche, ladrando de nuevo, irritado—. ¡Calla, «Baffi»!
«Baffi» calló, demostrando que en aquellos ocho días Gino había conseguido ir educándolo.
—Somos nosotros, Gino —dijo el profesor.
—Ah, *signore* —exclamó alegremente Gino—. ¡Ya están de vuelta! ¡Bienvenidos, bienvenidos!
Se acercó a ellos, bamboleándose sobre su pierna defectuosa. El profesor se apeó, y le dio una palmada en un hombro, con gesto cariñoso.
—¿Cómo estás, Gino? ¿Todo va bien?
—Todo bien, todo bien, señor profesor. ¿La señora está bien? ¿Han estado en Roma? La señora, que se apeaba en aquel momento, lo miró vivamente a Gino.
—¿No encontraste nuestra nota? —exclamó.
—¿El papel? Si, si... Lo tengo guardado, señora. ¿Están bien los dos?
—Sí, sí, muy bien... ¿No fuiste a que Pierino te leyera la nota? Gino encogió los hombros.
—¿Para qué, señora? Yo sabía que ustedes volverían, porque no iban a marcharse para siempre sin decirme adiós... Pensé que estaban ayudando a aquella mujer, y cuando pasaron los días creí que estarían en Roma, comprando cosas.
—En efecto —asintió el profesor, no sólo satisfecho, sino aliviadísimo ante el comportamiento elemental de Gino—. Sentimos haberte molestado, Gino.
—Oh, yo siempre duermo como los perros, señor profesor: medio despierto. ¿Ha visto? ¡He enseñado a «Baffi» a no ladrar cuando se lo mando!

—Me he dado cuenta. Buen trabajo. Gino... ¡Caramba, cómo ha crecido «Baffi en esta semana!
—Un poco —rió Gino, dichoso—. Eso es la leche de la buena Mamma. Y además, ¿no saben? ¡«Baffi» empieza ya a comer buenos trozos de carne! El otro día fui a Genzano, y le compré unos grandes pedazos... Y persigue a los ratones: ya ha cazado dos, que yo sepa... ¡Va a ser más grande y más fuerte que «Baffi»! ¡Y es más listo! La otra mañana cuando... Oh, les llevaré la maleta, señora.
Tomó la maleta, y entró en la casa, directo hacia el dormitorio de ellos; «Baffi», que iba tras los pies profesor y la señora los olía con gran interés y emitió un par de gruñidos, hasta que Gino le ordenó callar, haciendo un inciso en sus explicaciones sobre las pequeñas cosas que habían ocurrido allí. Cosas sin ninguna importancia, por supuesto.
—...pero están cansados, ¿verdad? —se interrumpió de pronto—. Será mejor que se acuesten. Mañana les contaré más cosas. ¿Han cenado? ¿Quieren que...?
—Gracias. Gino —volvió a palmearle un hombro el profesor—. Sólo queremos descansar. Mañana tengo que... Es decir, hoy tengo que levantarme muy temprano, para terminar un trabajo muy importante que he aceptado en Roma. Ya hablaremos.
—Sí, señor profesor. Buenas noches... Buenos noches, señora.
—Buenas noches. Gino.
El jorobado, tuerto y cojo se retiró, seguido al parecer de mala gana por «Baffi», que continuaba sintiendo un gran interés por los pies del profesor y de la señora. Tanto interés, que ellos lo habían notado, desde luego. Y cuando Gino hubo salido, el profesor musitó:
—Tendremos que limpiar bien los zapatos... «Baffi» ha estado oliéndolos: debemos llevar algo de sangre seca.
—Sí —dijo ella, impaciente—. ¿Vas a preparar el «*Vivere*»?
—Ahora quisiera descansar un poco, querida. Estoy...
—¡Tienes que prepararlo en seguida, no puedo soportar verme así!
—Está bien —suspiró el anciano—. Iré ahora mismo. A Gino no le extrañaré demasiado. ¿Has visto qué grande se está haciendo «Baffi»?
Salió del dormitorio, cruzó la casa, y salió. Del coche sacó los cinco termos, y cargado con ellos se dirigió hacia la puerta exterior del laboratorio, pensando que las siguientes veces lo harían todo por el primer procedimiento. Habían enterrado el cubo, el cuchillo y todo lo demás antes de llegar allí, porque esperaban no volver a necesitarlo. Era más práctico, cómodo y limpio el procedimiento utilizado con la prostituta Antonella.
Lo primero que vio tras cerrar la puerta y encender la luz, fue las dos jaulas sobre la mesa. Las dos jaulas que contenían las cobayas que habían sido inyectadas con el conseguido «*Vivere*», a base de sangre

extractada de sus congéneres.
Y fue lo primero que vio porque el hedor le impulsó a mirar hacia allí. Se acercó, y las vio muertas, corrompidas, pero todavía casi normales de aspecto. Las pobrecillas hacían muerto de hambre después de que cesara sobre ellas el efecto del «*Vivere*» y regresaron a su edad verdadera. Las cuatro restantes también habían muerto, sin duda de hambre. Bueno, ya no iba a necesitar más cobayas nunca.
Hizo un paquete con todas, y lo dejó fuera, junto a la puerta. Por la mañana le diría a Gino que enterrase el paquete. Ahora sólo tenía que pensar en extractar aquellos cinco litros de sangre.
Y casi a las tres de la madrugada, en completo silencio, el señor profesor comenzó a trabajar, tras felicitarse una vez más por no haber matado a Gino antes de marcharse.

* * *

Gino pasó una de sus grandes manos por la cabeza de «Baffi», que estaba tendido en la cama a su lado, gruñendo sordamente en la oscuridad.
—Calla, «Baffi» —musitó Gino—. Eres muy pequeño aún para comprender las cosas: el señor profesor está trabajando, así que nada debe molestarlo. Calla y duerme, o nunca serás un perro muy grande y muy fuerte.

* * *

—Era un hombre muy fuerte —susurró el profesor—. Y su sangre, de gran calidad. La señora le miraba con los ojos muy abiertos, tendida en la cama.
—¿Ya lo tienes? —preguntó ansiosamente.
—Claro —mostró él las dos jeringuillas—. Acerca el brazo, querida.
—Espera —jadeó ella—. ¡Espera, quiero verlo!
Se levantó de la cama, y fue a colocarse ante el espejo del tocador. El profesor la siguió, sonriendo. Estaba terriblemente fatigado, pero sabía que dentro de pocos minutos ambos estarían mejor. Mucho mejor.
Estaba amaneciendo cuando inyectó el «*Vivere*» a su esposa y a sí mismo. Luego, los dos se quedaron ante el espejo, esperando el gran momento..., que tardó muy poco. Se repitió el proceso de la otra vez. El profesor miraba a su esposa, y fue viendo cómo se transformaba, como rejuvenecía, cada vez más rápidamente... Pero no fue igual que la otra vez, sino que rejuvenecieron aún más. Esta vez, el profesor no aparentaba más de veinticinco años, y su esposa veinte.
Elsa De Santi lanzó por fin un grito de alegría, y comenzó a bailar por el dormitorio, bajo la sonriente mirada de Enrico, que comentó:

—Demasiado jóvenes esta vez. Por favor, querida un poco de seriedad. Se echaron a reír los dos, y se abrazaron, se besaron...
Eran ya más de las nueve de la mañana cuando Elsa suspiró profundamente, fija la mirada en el techo, y dijo:
—Enrico, no. quiero volver a ser vieja nunca más... ¡Nunca más!
—He estado pensando en ello —asintió él—. He estado pensando, y creo que he encontrado una solución. Pero tendremos que organizamos bien.
—¿Qué quieres decir?
—Quiero decir que cada semana de nuestra vida, mientras dure esto, vamos a necesitar la sangre de una persona.

—¿Y qué? —relampaguearon los juveniles ojos de Elsa De Santi.
—Cada año de nuestra vida costará la vida a cincuenta y dos personas, querida.
—¿Y qué? —se enfrió la voz de ella.
—Creo... que más adelante podré... encontrar algo que nos evite tener que recurrir a eso... Seguiré investigando, y estoy seguro de que lo conseguiré. Pero mientras tanto... hay que organizarse: no podemos ir por ahí como dos ancianos matando gente en el último momento.
—¡Pero si no matamos a alguien qué!
—No he querido decir eso. He querido decir que tenemos que conseguir la sangre ahora, cuando somos jóvenes. Jóvenes y fuertes. Podemos hacer cualquier cosa con toda plenitud, y en cambio, siendo dos ancianos quizá llegásemos a tener un tropiezo.
—¿Quieres decir que tenemos que ir... almacenando sangre con tiempo?
—Exactamente. Te diré cómo lo he pensado... Hoy mismo, o mañana, nos vamos de aquí. Buscaremos un lugar adecuado, y conseguiremos más sangre. No de una sola persona, sino de varias... Cinco o seis. Eso nos llevará todo el tiempo que dure esta juventud actual, pero tendremos material para cinco semanas de «*Vivere*», de tal modo que cuando veamos que ceden los efectos de una dosis, podemos tomar otra..., lo cual nos dará una autonomía de cinco semanas sin tener que aparecer por aquí, si no lo deseamos. Podemos ir muy lejos... A las Hawai, o a Japón... Siempre he tenido deseos de pasar una temporada en Japón. ¿Te gustaría?
—Si... Bueno, ¿qué más da Japón que otro sitio?
—Podemos ir adonde queramos... una vez tengamos las dosis necesarias. Saldremos hoy mismo..., pero no hacia Roma. Iremos a otro sitio de Italia. A Venecia, por ejemplo. Allá hay muchos turistas, ¿comprendes?
—Sí... ¡Sí, lo comprendo!
—Iremos bien preparados. Llevare dosis de droga, y todo el equipo para la transfusión... Lo de anoche, con aquel hombre, fue horrible.
—¿Qué importa?
—Lo sé, pero es mejor hacerlo con cuidado. Conseguiremos cuatro, cinco o seis dosis de sangre, y volveremos aquí. Prepararé el «*Vivere*», y nos marcharemos entonces con las dosis para tiempo suficiente. Primero, en Italia, buscaré a alguien que pueda vendernos un pasaporte. Luego..., ¡el mundo a nuestra disposición!
—¡Sí, sí, sí!
—Y en ese viaje por el mundo —los ojos del joven Enrico De Santi se entornaron—, iremos buscando a las personas adecuadas para ofrecerles el «*Vivere*», a unos precios que nos convertirán en auténticos reyes. Y luego, cuando seamos poderosos, esas mismas

personas nos buscarán un lugar donde podamos trabajar preparando el «*Vivere*» para nosotros y para ellos mismos. Serán ellos quienes se encargarán, por la cuenta que les tendrá, de proporcionamos sanare, hasta que yo encuentre otra solución. No tendremos que ir por ahí matando gente, nos harán la parte más peligrosa... Les diremos: Señores, falta sangre... Y ellos se encargarán de proporcionárnosla... ¿Qué te parece?

—Es... es genial, Enrico... ¡Sí!

—Gracias —rió él—. Bien, cuanto antes empecemos, mejor. Vámonos a Venecia, esta vez.

—Gino se sorprenderá de que vayamos de nuevo de viaje. ¿No sería mejor matarlo?
—Gino se sorprenderá mucho más cuando nos vea —rió de nuevo Enrico—. Y nada de matarlo, por ahora. Le diremos que he conseguido por fin el «*Vivere*», pero que no tiene que decirlo a nadie. Sé que no lo dirá. Más adelante, cuando estemos en tratos con nuestros... clientes, y nos acomoden en un lugar mejor que éste y tan solitario, el pobre Gino ya no nos será necesario. Pero ahora si lo necesitamos.
—Está bien... Lo que tú digas. Oh, qué feliz me siento —Elsa saltó de la cama, y corrió hacia el espejo—. ¡Qué feliz me siento! Enrico: ¡te parezco hermosa!
—Además de joven —volvió a reír Enrico—. Tendremos que ir con mucho cuidado con las dosis. Ya te dije que no me gustaría volver a la niñez.
Se echaron a reír los dos, y Elsa se admiró en el espejo, pasando las finas manos por la tersa piel de su hermoso cuerpo.
—Nunca, nunca, nunca más —susurró— quiero volver a ser vieja, Enrico... ¡Antes me mataría!
—No tienes por qué preocuparte —aseguró él—. Bien, ¡preparemos de nuevo la marcha!
Saltó de la cama, se vistió rápidamente, y miró a Elsa, que seguía contemplándose fascinada en el espejo.
—Será mejor que te vistas... Seguramente. Gino sufriría un colapso si te viera así. Elsa se echó a reír jubilosamente.
—¡Qué vida más miserable lleva ese hombre! —exclamó—. ¿Crees que debe saber lo que es una mujer... realmente? Quiero decir si debe haber...
—Ya te he entendido. Y no lo sé. Recuerdo —su ceño se frunció— que miró de un modo... extraño a Antonella, pero no sé más. Aunque mi impresión es que jamás ha tenido mujer. De todos modos, llegado el caso, supongo que su instinto le haría comprender perfectamente cómo eran las cosas.
—¿Llegado el caso? —se estremeció Elsa—. ¡No creo que ninguna mujer en el mundo tuviese valor para estar con Gino! ¡Sería horrible que ese monstruo!
—Bueno, cálmate. No nos compliquemos la vida con cosas que no nos conciernen. Vístete y vamos a hablar con él.

CAPÍTULO VII

Vieron a Gino en cuanto salieron de la casa. Estaba sentado debajo de un olivo, con la torcida espalda apoyada en el tronco, y mirando hacia la casa. Al verlos aparecer, se puso en pie de un grotesco salto, y echó a correr, hacia el huerto, seguido de «Baffi» que comenzó a ladrar.

—¡Gino! —llamó Enrico—. ¡Gino, ven aquí, somos nosotros!

Gino detuvo su carrera, se volvió, y los estuvo mirando tres o cuatro segundos, con su único ojo muy abierto. Luego, dio de nuevo media vuelta, y continuó corriendo, alejándose de ellos.

—¡Si será idiota! ¡Gino, vuelve aquí, tenemos que hablar contigo!

Pero Gino se limitó a volver la cabeza, y a seguir corriendo, alejándose. Enrico vaciló, pero sólo un instante. Luego, ágilmente, velozmente, partió en pos del pobre tuerto, jorobado y cojo, corriendo a una velocidad tres veces mayor. Era fuerte, poderoso, joven... Y no era cojo.

Lo alcanzó en el centro del huerto. Lo asió por un hombro, y lo detuvo obligándole a dar media vuelta. Gino al/ó sus brazos, gritando, moviendo sus enormes y fuertes manos...

—¡Gino, soy yo, el profesor! —gritó éste—. ¡No tienes que temer nada de mí! ¿No me reconoces?

«Baffi» ladraba furiosamente, y lanzaba dentelladas a las piernas de Enrico, que las esquivaba con dificultades, mientras la irritación iba haciendo presa en él.

—¡Dile a «Baffi» que se esté quieto, Gino! ¡No quisiera hacerle daño..., ni a ti tampoco!

¡Soy el profesor, Gino!

El pobre ser monstruoso bajó las manos, y se atrevió a mirar directamente a Enrico, que lo soltó, y retrocedió para seguir esquivando las acometidas de «Baffi»...

—«Baffi» —llamó Gino—. ¡«Baffi», ven aquí! ¡Ven aquí!

Tuvo que inclinarse para tomarlo en sus manos, porque el perro parecía no oírle. V siguió ladrando cuando Gino, sujetándolo con fuerza contra su pecho como protegiéndolo, volvió a mirar a Enrico De Santi...

—No —dijo Gino—. No, no, no...

—Haz que ese perro se calle refunfuñó el profesor—, y te lo explicaré. Vamos a la casa. Gino. ¿Es que no recuerdas el experimento? ¿No recuerdas que yo preparé el «*Vivere*», y que salió todo mal? ¡Pues lo he conseguido por fin! Mírame bien, Gino: ¿de verdad no me reconoces?

—Si —dijo Gino—. Si, le reconozco, señor profesor, sí.
—Entonces, ¿qué te pasa? ¿De qué tienes miedo? ¿De mí?
—No sé... Calla, Baffi... No sé, *signore*.
El perro calló, por fin, y Enrico lanzó un suspiro de alivio.
—Vamos a la casa —insistió. Te explicaré esto, porque veo que lo has olvidado. Anda, vamos para allá, Gino —le pasó un brazo por los torcidos hombros—. No tienes nada que temer. Nosotros somos tus amigos, ¿no es así?
—Si... Sí, *signore*, sí, sí...
—Claro que sí. Dime: ¿recuerdas el experimento?

—Sí... Sí, lo recuerdo.
—Entonces, ya sabes lo que ha pasado, ¿verdad? Después de tantos años estudiando, he conseguido lo que quería. La señora y yo nos hemos puesto una inyección... ¿Recuerdas eso también?
—Sí, sí.
—Pues eso es todo. Es el «*Vivere*»... Ahora, tendré el Premio Nobel, y seré famoso, Gino. Tan famoso, que siempre me recordarán. También te hablé de esto, ¿verdad?
—Si... Es verdad, sí.
—No tienes que asustarte de nada. Esto es Ciencia, Gino. Solamente Ciencia. Escucha:
¿Te gustaría tener una casa muy grande, con criados, con coches, y muchos perros, y...?
—No... ¡No! ¡Yo quiero estar aquí, con «Baffi»!
—De acuerdo. Si ése es tu deseo, te quedarás aquí siempre. Harás siempre lo que quieras, Gino. Pero recuerda que a señora y yo somos tus amigos, que te queremos. Nosotros te queremos, y tú nos ayudarás.
—¿Yo? —se pasmó Gino.
—Sí, tú. Y de un modo muy sencillo: lo único que tienes que hacer es no decir nada a nadie. Nunca, nada, a nadie. ¿Lo entiendes?
—Sí, señor profesor.
—Eso es. Nosotros nos iremos hoy mismo, porque tengo que ver a unas personas, v volveremos dentro de unos días. Mientras tanto, tú no le dirás nunca nada a nadie, porque lodo irla mal. Cuando sea el momento, yo diré lo que me convenga a algunas personas. Pero no antes, Gino. Nunca, nada, a nadie. ¿De acuerdo?
—Si, *signore*. Sí... ¿De verdad ella es... la señora?
Estaban ya muy cerca de la casa, ante la cual les esperaba la juvenil Elsa, sonriendo irónicamente, tan segura de sí, hermosa, resplandeciente. Gino se había detenido, y la señalaba con un dedo gordo y mugriento.
—Ella es la señora, te lo aseguro...
Gino la estaba mirando, muy atentamente. Enrico estaba a su lado, así que no nudo ver la expresión del ojo de Gino, pero Elsa, que estaba aclame, sí la vio, y su sonrisa se borró, desapareció... Aquel ojo negrísimo, que parecía rodeado de sangre o de fuego parecía atravesarla, fijo en ella. Tan fijo, que durante unos segundos, el ojo de Gino no pareció real, sino de cristal... De un sorprendente, escalofriante cristal negro.
—Sí —susurró Gino, con voz ronca—. Sí, es la señora.
—Claro que lo es, Gino: ¿lo has entendido todo bien? Nosotros nos vamos a ir dentro de un par de horas, y queremos tener la seguridad de que nos has entendido, que no dirás nada a nadie... Ni siquiera a

Pierino.
—No le diré nada a nadie. Ni a Pierino.
—Te voy a dejar algo de dinero... Y cuando volvamos, aún te daré más. Tendrás tanto que podrás vivir siempre aquí, con «Baffi», sin preocuparte por nada.
—Gracias... Gracias, señor profesor. Pero yo no necesito dinero para vivir...
—Siempre se necesita dinero. Si no llegas a necesitarlo, mejor para ti. Pero por si acaso, cuando volvamos te dejare el suficiente para que nunca tengas preocupaciones. Ahora toma esto... Sólo hay un millón de liras, pero te traeré mucho más. Siempre podrás comprarle carne a «Baffi».

—Ah, —sonrió Gino—. Sí, sí, sí... ¡Gracias!
—Todo está entendido, entonces. Nos iremos, y si viniese alguien y te preguntase por nosotros, dices que crees que estamos en Roma, pero que no es seguro, porque nosotros no te damos explicaciones, nunca te decimos lo que hacemos. Nos vamos, y ya está. Luego volvemos, y a ti te tiene sin cuidado dónde hemos estado... ¿Esto lo entiendes también Gino?
—Sí, sí.
—Magnifico. Iremos a prepararlo todo para la marcha.
Cuando se marcharon, era cerca del mediodía, porque el señor profesor tuvo que recoger algunas cosas muy importantes en el laboratorio, que naturalmente, el profesor cerró con llave, como siempre. Gino les ayudó a colocar las maletas en el coche, manejándolas con mucho cuidado, tal como le pedía el señor profesor.
—Volveremos dentro de cinco o seis días, Gino.
Gino asintió con la cabeza, y se apartó un poco. El coche se alejó, dejando una nube de polvo tras él. Gino estuvo allí, inmóvil, ante la casa, hasta que la nube de polvo se hubo posado, cuando va el coche debía estar muy lejos. Entonces, se volvió hacia «Baffi».
—Ven, «Baffi», vamos a jugar... ¡Vamos a buscar grillos. «Baffi». corre! Me quieres... Me quieres, ¿verdad, «Baffi»? ¡Sí que me quieres! ¡Mira, un grillo, juguemos con él!

* * *

Efectivamente, el señor profesor y la señora regresaron, seis días más tarde. Los dos parecían muy cansados, y Gino los miró muy atentamente, porque ya no estaban tan, tan, tan jóvenes como cuando se habían marchado: pero si eran jóvenes todavía, sí, mucho más jóvenes de lo que Gino los había conocido la primera vez, hacía de eso cinco años.
Gino ayudó al señor profesor a llevar las maletas al laboratorio, y dijo que no. que nadie había estado allí, que nadie le había preguntado por ellos, que no había hablado con nadie. El y «Baffi», que ya era un poco más grande, habían jugado y habían trabajado en el huerto. Una de las gallinas se había muerto ya, de tan vieja, y se la habían comido. La vaca Mamma estaba muy gorda, y él y «Baffi» bebían mucha leche, pero a «Baffi» le gustaba ya mucho más la carne, así que había ido precisamente el día anterior a Genzano, para comprarle unos buenos pedazos. Todo iba bien, nada había cambiado allí, nada tenía por qué cambiar.
A la mañana siguiente de su regreso, el señor profesor y la señora volvieron a aparecer verdaderamente jóvenes ante Gino, que ya no se asustó, porque sabía lo que estaba pasando. Le habían traído regalos

y le habían dado dinero, que guardó con indiferencia. El señor profesor había pasado muy buena parte de la noche en el laboratorio, pero no parecía cansado, ni mucho menos. El y la señora estaban muy, muy contentos.
—Gino —le dijo por la tarde el profesor—: la señora y yo volvemos a marcharnos, y esta vez tardaremos bastante más tiempo. Quizá un mes. Pero recuerda siempre que volveremos.
—Sí, lo recordaré.

—Muy bien. Y cuando volvamos la próxima vez, vendrán con nosotros otras personas.... que no te molestarán —se apresuró a añadir—. Esas personas serán muy importantes para mí, porque vendrán a que les haga una demostración del «*Vivere*»...
—¿Le darán el Premio Nobel?
—Pues... sí, eso es —rió el profesor—. Bueno, más o menos. Serán personas de esas que tienen mucho, muchísimo dinero, y cuando yo les haga la demostración todo irá bien. Adiós, Gino: hasta dentro de cuatro semanas.
—Adiós, señor profesor... Adiós, señora.
Y de nuevo se marcharon esta vez para más tiempo.
Dentro del coche, la señora, la joven y hermosa señora, todavía insistió, con el ceño fruncido:
—No has debido dejar esa dosis de «*Vivere*» en el laboratorio. Enrico.
—Oh, vamos... Ya hemos hablado de eso, querida. Es mejor tener una aquí, de reserva, por si acaso... Ya discutimos eso anoche en el dormitorio. Hasta te pusiste un poco pesada, pero me pareció que te había convencido.
—No veo por qué hemos de dejamos aquí una dosis pudiendo llevárnosla y disfrutar así una semana más de juventud lejos de este horrendo lugar.
—¿Horrendo?
—Siempre lo he detestado.
—Vaya... Bueno, de todos modos, poco más estarás aquí.
—Eso espero —hizo una breve pausa—. ¿Qué pasaría si Gino entrase en el laboratorio y se inyectase la dosis que hemos dejado de «*Vivere*»?
Al principio el profesor se sorprendió tanto que estuvo a punto de perder el control del coche.
—¿Qué pasaría? —exclamó luego—. Me parece que eso ya lo sabemos, ¿no? De todos modos, la próxima vez lo mataremos, así que lo mismo dará que esté joven o viejo. Y además..., ¿cuándo ha entrado, sin mi permiso, en el laboratorio ese pobre hombre?
—No sé.
—Qué tontería... No ha entrado nunca. Y nunca entrará. La llave, por otra parte, la tengo yo.
—Es lo bastante fuerte para echar la puerta abajo.
—¿Y por qué tendría que hacer eso? —se irritó Enrico—. No le ha interesado nunca el laboratorio... Incluso diría que tiene miedo de entrar ahí. Además, ¿te imaginas a Gino inyectándose por propia voluntad algo que ni siquiera sabría lo que es?, eso aparte de que ni siquiera sabría sostener la jeringuilla. Y no te digo su espanto si recuerda lo que le pasó al otro perro...
—Quizá tengas razón.

La tengo positivamente. Olvídalo... Olvida a Gino, y piensa solamente en las cuatro semanas de hermosa vida que tenemos por delante. Y en que, cuando regresemos, tendremos ya clientes que, una vez convencidos de los resultados del «*Vivere*», harán todo lo que nosotros les pidamos. Olvida a Gino, olvídalo todo..., ¡y vamos a vivir, empecemos una vez más la vida!

* * *

Y veintisiete días más tarde, el señor profesor y la señora regresaron una vez más a la casa de Gino.
Esta vez, no llegaron en su coche, que habían dejado en Roma, sino en un coche grande, de siete plazas, que habían alquilado en Roma sus acompañantes.
Estos eran cuatro hombres, todos ellos de edad superior a los setenta años. Uno de ellos conducta, otro iba a su lado, y los otros dos, en las banquetas del coche, en la parte de atrás, cuyo asiento fijo, tan confortable, ocupaban Enrico y Elsa De Santi. El coche estaba ya botando por el mal camino que llevaba a la casa de Gino, y Elsa no podía dejar de pensar, de temer que algo podía salir mal.
Habían terminado el «*Vivere*» hacía cuatro días, de modo que, contando el del viaje, serían cinco fechas sin inyectárselo. Ya iba terminando el tiempo. Si hubiesen tenido una dosis más, podrían haber seguido fuera una semana más, pero no, la dosis había quedado allí, en la casa de Gino, en el laboratorio. Y eso era lo que la tenía asustada. ¿Qué pasaría si se encontraban con un Gino más joven y todavía más fuerte? Aunque... no. No, porque si Gino se hubiese inyectado el «*Vivere*» durante su ausencia, había pasado el tiempo suficiente para que los efectos hubiesen terminado ya. Pero, si lo había hecho, ellos no tendrían allí la dosis de «*Vivere*», y no podrían hacer la demostración rejuveneciendo de nuevo...
Elsa De Santi llevaba la cabeza baja, como adormecida, pero de cuando en cuando alzaba los párpados para mirar a los dos silenciosos «invitados» que ocupaban las banquetas, frente a ella. Uno de ellos era japonés. El que estaba a su lado era un norteamericano que parecía tener dinero para sepultar el archipiélago nipón. El que conducía era un australiano que parecía ser dueño de media Australia, por lo menos. Y había también, junto al conductor, un hindú, de rostro oscuro y grandes ojos que parecían siempre llenos de tristeza... Al principio, habían tenido que ir con mucho cuidado, en especial al hacer la oferta de un líquido que podría regresarlos a la edad de treinta años, o menos. El primero había sido el japonés, que había resultado el más inexpresivo. Se había limitado a mirar fijamente a Enrico cuando éste, hablando aceptablemente el inglés, le dijo de qué se trataba. Luego, había dicho que la vida era demasiado hermosa para perder una oportunidad como aquélla. No se había alterado en lo más mínimo.
En cambio, el norteamericano, le había dicho enseguida a Enrico que estaba loco... Fue el más difícil de convencer, pero... allí estaba.
Y ellos estaban llegando, los seis, a la casa de Gino.

CAPÍTULO VIII

Cuando salieron del coche, notaron el ramalazo de frío. En octubre, ciertamente, la temperatura descendía mucho en aquellos lugares. Y hubo alguna expresión de disgusto al respecto, muy comprensible teniendo en cuenta que aquellas seis personas llegaban de latitudes donde el frío no era cosa frecuente.
—¿Aquí tiene usted su laboratorio? —preguntó el norteamericano, fastidiado.
—Si —sonrió Enrico—: aquí. Durante cinco años...
—No veo a Gino —dijo Elsa.
Enrico la miró con expresión amable, aunque un tanto socarrón. Señaló hacia el huerto, y ella pudo ver entonces a Gino, que estaba inmóvil. Tan inmóvil, que se confundía con las plantas. Llevaba la gruesa cazadora, y un feo gorro de lana que le tapaba las orejas. Estaba vuelto hacia ellos, mirándolos. Y desde luego. Elsa comprendió en seguida que Gino seguía siendo el mismo, tenía la misma edad, todo igual...
—¡Gino! llamó Enrico—. ¡Gino, ven!
Gino dejó su herramienta, y salió de entre las matas de legumbres. Cuando los invitados pudieron verle bien, caminando de aquel modo, hubo un movimiento de inquietud, de desagrado. En cambio. Elsa casi suspiró, pues aquel era el Gino que conocía, siempre igual en todo, inconfundible... No había cambiado nada...
El que si había cambiado era «Baffi. No había ladrado ni una sola vez, y apareció de pronto junto a Gino, colándose por entre sus piernas para colocarse a su lado. Sí, «Baffi» había cambiado, desde luego. Naturalmente, era un perro joven; Elsa calculó que su edad no podía ser superior a los tres meses. Y sin embargo, resultaba ya un animal imponente, grande, fuerte. Caminaba junto a Gino como si aquello fuese lo único que pudiese hacer en su vida. Lo demás, nada importaba. Ni siquiera la llegada de gente desconocida, a la que, lógicamente, debía haber ladrado... Era raro que no lo estuviese haciendo... A medida que se acercaban, «Baffi» iba apareciendo más y más grande, más y más imponente a los ojos de Elsa. E incluso a los de los invitados, un par de los cuales retrocedieron un paso, pese a su mansa actitud del perro.
—Gino abrió los brazos Enrico—. ¡Gino, querido amigo!
Gino llegó, sonriendo tímidamente, no poco turbado, y aceptó con cierto encogimiento el abrazo del señor profesor, que le palmeó la torcida espalda, riendo.
—¿Cómo estás. Gino? ¿Todo bien, todo bien?
—Si... Todo bien, *signore*...
—¡Qué grande está «Baffi»! Ven, «Baffi», ven... ¿No me recuerdas?

¡Ven aquí!
El perro, que se había echado no muy lejos de los pies de Gino, alzó la cabeza, y miró a su amo, que permaneció inmóvil, inexpresivo. Y el perro siguió echado en el suelo, como si no oyese la voz de nadie, como si desconociese su propio nombre.
—Me parece que no nos recuerda —dijo Elsa, con voz tensa.
—Es natural, mujer... ¡Pero qué grande está! Tú también estás muy bien, Gino. Parece que ya tenemos aquí el frío, ¿verdad?
—Aún hará mucho más frío, señor profesor.
—Hombre, ya lo sé. Demonios, he vivido aquí cinco años, ¿ya no lo recuerdas? Te encuentro raro... ¿Acaso te parece mal que haya traído a unos amigos?

—No, señor profesor, no. Ya me dijo que los traería. Pero ya sabe que a mí no me gusta la gente...
—Estarán solamente un par de días, no te preocupes. ¿Qué tal si nos preparas un poco de café, Gino? ¿Quieres?
—Sí, sí... Y llevaré también su equipaje...
—No hemos traído equipaje, no hemos traído nada. Sólo vamos a estar aquí dos días, y nos volveremos a marchar. Será como si no hubiésemos estado, te molestaremos muy poco. ¿Crees que podremos preparar camas para estos señores?
—Buscaré unas mantas y limpiaré dos cuartos, sí, señor profesor. Y haré café.
—Gracias... Gracias, Gino. Mañana hablaremos, te contaremos muchas cosas.
—Sí, señor profesor. Voy ahora a preparar el café.
Se dirigió hacia la puerta de la casa, y «Baffi» se fue tras él, como una sombra. Apenas hubo desaparecido en el interior, el australiano soltó un bufido.
—¡Qué sujeto más repugnante! —exclamó.
—Es horrible —farfulló el norteamericano.
El japonés y el hindú los miraron, pero no hicieron el menor comentario. Enrico señaló hacia la puerta exterior del laboratorio.
—Venga, les enseñaré dónde he estado trabajando los últimos cinco años.
Elsa se colocó a su lado, y encendió la luz apenas él hubo abierto la puerta. En seguida, miró hacia donde estaba el «*Vivere*», y no pudo evitar un suspiro de alivio, que todos notaron. Enrico se limitó a sonreír al comprender que, finalmente, los temores de ella habían desaparecido. Todo estaba tal como lo habían dejado... Lo único que había cambiado allí era «Baffi». Por lo demás, todo estaba exactamente igual, ordenado. Había una ligera capa de polvo, pero eso ya no tenía la menor importancia, porque después de la demostración que harían él y Elsa, jamás tendrían necesidad de volver allí. Lo destrozaría todo, y jamás volvería.
—Vengan —caminó Enrico hacia un anaquel—. Aquí tienen el «*Vivere*». En esa probeta grande está el plasma inicial, y en esa botellita, el resultado final: el verdadero «*Vivere*».
—Sigo pensando —dijo el norteamericano— que esto es una tomadura de pelo.
—Entonces, míster Stanfford, ¿por qué se ha molestado en venir hasta aquí? —sonrió el profesor.
—No pierdo nada con ello —encogió los hombros el viejo norteamericano.
—Ninguno de nosotros pierde nada importante por hacer un viaje como éste — murmuró el hindú—, salvo el ligero trauma a que nos

llevarla una decepción, señor De Santi.
—No habrá decepción.
—Explique un poco mejor eso del plasma inicial y del «*Vivere*», quiere —intervino el japonés.
—Es muy sencillo, tratándose de una primera explicación. Más adelante, me extenderé en ella, cuando ustedes ya están convencidos. Bien... Como les digo, en la probeta grande está el plasma inicial, cuyos resultados son... indescriptibles. Partiendo...
—¿Qué quiere decir con «indescriptibles»?
—Esa es una parte de la explicación que les daré en otro momento —eludió Enrico, sabiendo que si les decía que con aquel plasma sin sangre extractada se producía la putrefacción vertiginosa de la carne, los iba a asustar—. Por favor, confíen en mí. Bien, iba a decir que partiendo del plasma, elaborándolo con cierto... ingrediente, se obtiene, por fin el «*Vivere*». El plasma inicial es relativamente fácil de conseguir, una vez se conoce su fórmula claro añadió sonriendo maliciosamente—. Por eso. puedo disponer siempre que quiera de buena cantidad de él, como ahora. Por ese lado no hay problema alguno. Sin embargo, la obtención del... ingrediente último que precisa el plasma, ya es más... complicado, así que...
—¿Qué ingrediente es ése? —dijo el norteamericano—. Por caro que sea,, nosotros podemos.
—No se trata de dinero solamente —rechazó el profesor—. La cuestión es mucho más delicada, pero, también forma parte de las últimas explicaciones. Por favor, no me pregunten nada más. Cuando hayan visto con sus propios ojos los resultados del «Vivere» ampliaré mis explicaciones todo cuanto quieran. ¿De acuerdo?
Los cuatro invitados se miraron unos a otros, un tanto inquietos, desasosegados. El japonés no reaccionó, el hindú encogió ligeramente los hombros, y el norteamericano y el australiano asintieron con la cabeza.
—Gracias, señores. Dentro de un dia, o poco más, ocurrirán cosas que disiparán todas sus dudas. Hasta entonces, sugiero que pasemos el tiempo del mejor modo posible, sin nerviosismo. Sólo hay que esperar. Cuando sea el momento, les avisaremos. Vayamos ahora a tomar café, y luego los acomodaremos del mejor modo posible... ¿Qué haces, querida?
Elsa De Santi se había acercado al anaquel. Cogió el pequeño frasco donde estaba el «*Vivere*» ya completado con el... ingrediente, y cerró con fuerza la mano, mirando fijamente a su esposo, que sonrió, comprensivo.
—Está bien, puedes guardarlo tú, aunque no tiene objeto. De todos modos, has tenido buena idea... Voy a coger las jeringuillas y el alcohol, cerraré este lugar... y jamás volveremos a él.

Así se hizo.
Después de que los De Santi hubieron recogido lo que precisarían, el profesor cerró también con llave la puerta que daba al interior de la casa.
Y poco después, ya completamente de noche, mientras conversaban sobre temas indiferentes, y Gino tocaba la armónica sentado ante el fuego, con «Baffi» acurrucado a sus pies, el profesor tiró la llave del laboratorio al fuego de troncos, sobre uno enorme, cuyo poder calorífico convertiría muy pronto la llave de hierro en un objeto inidentificable. Gino vio esto, pero siguió tocando la armónica. Es decir, soplando y obteniendo notas, que era lo que, en definitiva, le gustaba a él.

* * *

Hacia las diez de la mañana siguiente, la señora se estaba peinando ante el espejo cuando, de pronto, quedó inmóvil, fija su mirada en la imagen reflejada. Estuvo así unos segundos, sombrío el gesto, hasta que se convenció de que, en efecto, el proceso estaba en plena marcha: volvía a envejecer.
—Enrico... ¡Enrico! —gritó.
El señor profesor llegó a los pocos segundos, la miró, y no necesitó explicación de ninguna clase. Corrió a colocarse ante el espejo, se vio a sí mismo y asintió con la cabeza.
—Está bien —susurró—. Ha llegado el momento.
—Inyéctame —pidió ella—. ¡Por favor, inyéctame! ¡Tenemos todo aquí! Abrió un cajón del tocador, pero el profesor le sujetó la mano.
—Espera, voy a llamarlos. Están afuera viendo a Gino ordeñar la vaca... Los iré a buscar. ¡No toques nada, por favor!
—Deprisa, deprisa, ¡deprisa! —imploró ella.
El profesor salió a toda prisa del dormitorio, y regresó antes de un minuto seguido de los cuatro invitados, de Gino, y hasta de «Baffi», que se puso a ladrar apenas entrar.
—¡Que se vaya! —chilló la señora—. ¡Quiero que se vaya ese animal, y Gino también! ¡Quiero que se vaya todo el mundo!
—Cálmate —suplicó el profesor—. Tienen que verlo. Elsa. Tienen que ver cómo envejecemos, y luego el proceso inverso. Tienen que verlo todo, para que no tengan la más pequeña duda. Por favor, tienes que comprenderlo.
—Está bien... ¡Está bien, está bien! ¡Pero que se vaya Gino!
—Él es quien mejor te conoce con tu verdadero aspecto. Serénate. Deja que lo vea... ¿Qué más da? Gino, por favor, si quieres estar aquí tienes que hacer callar a «Baffi».
—Calla, «Baffi» —ordenó Gino—. Todavía tienes que esperar.

«Baffi» calló, pero ya nadie les hacía caso ni a él ni a Gino. Ni siquiera parecieron oír sus palabras... Toda la atención de los cuatro invitados estaba fija en Enrico y Elsa De Santi, que iban envejeciendo a ojos vista. Lívidos, atónitos, paralizados, los cuatro invitados asistían al hecho más asombroso que habían presenciado en su vida. Ante ellos, sin la menor posibilidad de truco alguno, aquel hombre y aquella mujer estaban envejeciendo a una rapidez increíble. En el silencio del dormitorio, sólo se ola la respiración fuerte de «Baffi», cuyos ojos, como ascuas, estaban fijos en una u otra de aquellas personas. Gino, inmóvil, sujetaba a su amigo por el pelaje del cuello.
—No... no puedo creerlo —jadeó por fin el norteamericano —. ¡No es posible esto!
Era perfectamente posible, y todos lo estaban viendo. Por fin el profesor suspiró, ya convertido en un anciano de setenta y dos años, y dijo:
—Espero que la segunda parte —su voz era ligeramente cascada— les convenza definitivamente de que nuestra oferta merece todo su interés, señores.
—Pronto —tembló la voz de Elsa—. ¡Pronto, Enrico, pronto!
Pronto. En pocos segundos, el profesor había inyectado a su esposa y a si mismo la dosis contenida en el pequeño frasco donde estaba el «*Vivere*».
—Ahora —dijo con tono de triunfo—, observen... Observen bien, porque jamás han visto nada como esto.

* * *

Tuvo razón.
A los pocos minutos, sus arrugas se hicieron más pronunciadas, sus cabellos alcanzaron una blancura inaudita, su espalda se encorvó más, su estatura todavía disminuyó más... La señora, que lo contemplaba con ojos desorbitados, se volvió hacia el espejo, para contemplarse a sí misma.
—No —apenas se oyó su voz—. No, no, no, no, no.
Oyó a su marido caer al suelo, pero no miró. Solamente se miraba a sí misma, allá en el espejo, cada vez más vieja, más vieja, más vieja...
Los «invitados» salieron de allí corriendo como nunca en su vida, y a los pocos segundos se oía el motor del coche alejándose..., mientras Elsa De Santi, ante el espejo, de pie, había perdido ya el cabello, se le habían secado los ojos, se estaba llenando de gusanos, que muy pronto también dejaron de existir. Los huesos se fueron pudriendo, ya sin asomo de carne, y los pedazos secos, porque ya. ni siquiera quedaba carne putrefacta. Sólo polvo... Dos pequeños montoncitos de polvo en el suelo.
Gino dejó de mirar los dos montoncitos de polvo en el suelo, y acarició la cabeza de «Baffi».
—¿Has visto, «Baffi»? Eso es lo que le pasó a «Baffi»... ¡Pobre «Baffi»! Pero tú también me quieres, ¿verdad, «Baffi»? ¿Verdad que me quieres?
«¡Guaua!»
—Sí —rió Gino—. ¡Sí, me quieres! Bueno, ahora vamos a ir al laboratorio, porque tenemos que limpiar bien todo aquello. Llevaremos a Mamma, para que esté más caliente que en el corral, ¿no te parece? Pero primero hay que limpiarlo todo bien. Vamos, «Baffi».
Salió del dormitorio, fue hacia la puerta del laboratorio que daba al interior de la casa, y, sacando un hierro torcido del bolsillo, hurgó en la cerradura, hasta abrirla. Empujó la puerta, y entró, tranquilamente. Fue adonde el profesor tenía el montón de papeles donde hacía sus notas, y tomó uno. Volvió al dormitorio de los De Santi, recogió los dos montoncitos de polvo en el papel, y regresó al laboratorio. Fue a la pileta, abrió el grifo, y tiró allí las cenizas...
—¿Ves, «Baffi»? Esto es lo que hizo el señor profesor con aquella mujer que trajo en el coche, ¿lo recuerdas? Y ahora, vamos a tirar también el «*Vivere*». Mira, ¿ves? —se acercó al anaquel—, aquí tenían las dos botellas, la grande y la pequeña, y yo las olí, y supe cuál era la que había hecho aquello con «Baffi»... ¿Te acuerdas cuando vacié la botella pequeña en la pileta y luego la llené con este otro líquido que parece sangre? Tuve que ir con mucho cuidado para no derramarlo, ¿te acuerdas? ¡Pero ahora ya no hay que tener cuidado, vamos a tirarlo todo, verás... ¿Ves, «Baffi»? ¡Gloc, gloc, gloc, todo el líquido se va! Ahora echamos más agua, y ya está... ¿Ves qué

fácil. «Baffi»? Bueno, y ahora haremos un hoyo muy hondo ahí fuera, y enterraremos todo esto para siempre, y traeremos aquí a la Mamma. ¡Viviremos juntos los tres, en la casa, porque yo la quiero a ella, que te ha dado mucha leche, muy buena! ¿Quieres que traigamos también aquí a «Boccone? ¡Es tan viejo el pobre! Pero aún podrá venir de paseo con nosotros, ya verás... ¿Quieres que venga también «Boccone a vivir con nosotros?

«¡Guau!, ladró alegremente el perro, moviendo el rabo.

— Pues vendrá —rió Gino—. Oye, «Baffi», ¿me quieres? ¿Verdad que me quieres, Baffi? Escucha. Baffi, ahora.

FIN